

BOLSILIBROS BRIGUERA



SERVICIO SECRETO

LOS SEÑORES DE LA MUERTE

Kelltom McIntire



SS

SERVICIO SECRETO



KELLTOM McINTIRE

LOS SEÑORES DE LA MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.408

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 25.248 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1977

© Kelltom McIntire - 1977
Texto

© Salvador Fabá - 1977
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N 152, Km 21,650) - Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483. - La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

790. - Dinero para el diablo

En Colección SERVICIO SECRETO;

1.404. - Dinero, podrido dinero.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA;

988. - Pasaporte al Más Allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

170. - Trampa en Apache Creek

En Colección COLORADO:

949. - Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867. - El largo camino hasta Albuquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

Ahora todo ha quedado en silencio.

Se han marchado ya Sue y Donovan y ese policía, el teniente Cabot, les ha seguido poco después.

No puedo decir que me sienta solo. A mi derecha tengo a Bill Knotts, y a mi izquierda a Chuck Darren.

No es una compañía muy agradable, porque, desde luego, no la he elegido yo mismo.

Al fin y al cabo, ya no siento nada por ellos. Ni amor ni odio, ni simpatía ni rencor.

Todos estamos aquí para emprender el Gran Viaje. En este lugar terminan, irremediablemente, todas las pasiones.

Me encuentro en el depósito de cadáveres.

Si pudiera sentir algo, sería apenas un escalofrío, porque la temperatura aquí es bajísima.

El lugar no tiene nada de particular. Se trata de una larga galería, en uno de cuyos muros se alinean unos cincuenta cajones frigoríficos y yo, precisamente yo, Michael Kingman, ocupo uno de los cincuenta cajones.

Supongo que me lo he merecido.

Es decir, estoy seguro de que lo único que merecía era esto: la Muerte.

Si no estuviera muerto, me estremecería de espanto... recordando que estuve a punto de asesinar a mi propia hermana, a Sue Kingman.

La idea, de por sí, puede resultar escalofriante, pero resulta terrorífica si se tiene en cuenta que yo debía matar a Sue *por encargo*.

Ésa es la verdad: yo debía asesinar a Sue. A cambio de lo cual, recibiría quince mil dólares. Es decir, el precio de mi tarifa.

Pero Sue no ha muerto, ni tampoco Donovan, el hombre con el

que, probablemente, se casará en breve.

Supongo que ellos serán felices, porque se aman.

En cambio, yo jamás amé a nadie.

Para qué engañarme ahora: la verdad es que no me merecí el afecto de nadie.

Podría decir en mi descargo que tuve una infancia infeliz, que desde pequeño me sentí solo y desamparado en medio de la jauría humana. Pero ninguno de tales argumentos me valdría de mucho ahora.

Sólo tuve un rasgo de humanidad: reaccionar cuando estaba a punto de asesinar a Sue.

Fue algo superior a mis fuerzas. No me valió el frío raciocinio de que siempre hice gala, ni la ausencia de sentimientos que siempre fue mi norma.

Lo cierto es que, por vez primera, en mi carrera de asesino, fallé.

Y aquel fallo trajo como consecuencia mi muerte.

Si ahora pudiera alegrarme, me alegraría por haber fallado.

Sue y Donovan merecen ser felices. Yo no hice nada por merecerlo.

Viví intensamente, gané mucho dinero, me entregué a las pasiones más desordenadas, maté...

Y esto es lo peor, lo despreciable y repugnante: maté sin odio, quité la vida por dinero.

Unos pasos han interrumpido mis pensamientos. Alguien llega por el pasillo, ha chirriado la puerta del depósito de cadáveres.

¿Vuelven a molestarme?

La luz se ha encendido, el empleado del depósito cede el paso a una elegantísima dama, muy joven y bella, acompañada de otra señora mayor.

Reconozco a la más joven: es... era la amante de Chuck. Darren: Terry Smith.

No, no vienen a verme a mí, sino a Chuck, cuyo cajón frigorífico acaba de deslizar el empleado.

Me siento sorprendido. Nunca hubiera imaginado a la fría y práctica Terry Smith tan impresionada, llorosa y desolada.

Pero hay lágrimas auténticas en sus ojos. Y sus carnosos y lascivos pómulos aparecen pálidos, incluso demacrados.

Así pues, Terry también guardaba algún sentimiento en su frío

corazón... ¡Increíble!

El teniente Cabot, detrás de ella, ha preguntado:

—¿Le reconoce?

—Sí. Es él. Chuck Darren —ha respondido ella con un hilo de voz.

¡Y se ha desmayado!

Entre el policía y el empleado la incorporan, Cabot abofetea suavemente sus mejillas; Terry ha vuelto en sí y se la llevan.

Al cabo, ha vuelto el silencio y ello me permite tomar a abstraerme en mis pensamientos.

También Sue lloró cuando el empleado retiró la sábana y sus bellos ojos contemplaron mi rostro yerto, frío y muerto.

No se había desmayado como Terry, pero los sollozos agitaron sus finos hombros y el más intenso dolor se dibujó en sus entrañables y lindas facciones.

—¿Quiere hacerse cargo del cadáver, señorita Kingman? —le preguntó el teniente Cabot.

Fue Donovan Terby quién se apresuró a responder:

—Por supuesto, teniente. Nos ocuparemos de todos los trámites en cuanto nos avisen.

El empleado empujó el cajón frigorífico dispuesto a devolverme a las tinieblas, pero Sue le detuvo con un gesto suplicante.

—Un momento todavía, por favor —musitó.

Estuvo mirándome durante varios minutos. Y de cuando en cuando, volvía a estremecerse en un sollozo.

Y luego, sin experimentar la menor repugnancia, Sue se inclinó sobre mí y depositó un beso sobre mi frío rostro.

¡Qué tibios y suaves eran sus labios, qué agradable la caricia...!

Y pensar que yo estuve a punto de matarla...

Donovan la sostenía por los hombros, la apretaba contra su pecho, en un ademán reconfortante y cariñoso, pleno de ternura.

Sé que él la ama apasionadamente. Donovan no tendrá en cuenta que Sue es la hermana de un asesino, no se lo recordará jamás.

Por el contrario, estoy seguro de que él se esforzará en hacerla olvidar cuánto tenga relación conmigo.

No puedo reprochárselo, porque será lo mejor para ellos.

Después de que Sue me besara, Donovan la ha retirado

suavemente y la ha empujado hacia fuera.

Pero ella se resistía aún. Y aunque finalmente se ha dejado llevar, ha estado contemplándome liaste el último momento.

El silencio se hizo espeso, agobiante y absoluto después. Bueno, no por completo: aquí siempre se oye el silbido atenuado del motor del frigorífico insuflando amoníaco a través de los finos conductos del serpentín.

Por un momento, me he sentido muy solo.

Luego he pensado que Sue será feliz con Donovan y este pensamiento parece que ha puesto una pizca de calor en mi frío corazón, ya inmóvil, muerto.

Donovan Terby es un hombre honrado, rico y poderoso. La cuidará con ternura y hará posible que la amargura y la angustia desaparezcan para siempre del corazón de la pequeña Sue.

Ya queda poco tiempo.

Sólo resta esta noche.

Mañana introducirán mi cuerpo en un bello féretro cincelado, me subirán a un brillante coche fúnebre y me llevarán al horno crematorio.

Sue volverá a llorar por mí, estoy seguro.

Recordará nuestros juegos de chiquillos, nuestra miseria y nuestra desesperanza.

No pasará por alto mis travesuras, mis pequeños robos, mi reconcentrado carácter juvenil, mis continuas estancias en los reformatorios, ni tampoco mis años de cárcel.

Sus labios murmurarán una oración, tímida pero ardiente.

Finalmente, el ataúd se desplazará sobre los raíles que llevan al horno crematorio, unas puertas se cerrarán tras de mí y... todo habrá terminado.

Pero ¿qué digo? En realidad, todo terminó ayer.

William Cabot disparó contra mí hasta que en el tambor de su revólver se agotaron los cartuchos.

Hizo lo que debía hacer, desde luego.

Porque si él no se hubiera anticipado, *yo le hubiera matado*.

Así todo está mejor.

Ha ocurrido lo que debía ocurrir y del resto más vale no ocuparse.

¿O sí...?

La noche será muy larga. Estaré rodeado por todos estos amigos silenciosos que ocupan, a mi alrededor, otros tantos cajones frigoríficos.

Digo *amigos* porque, cuando llega la muerte, no existen ya enemigos.

Quizá los recuerdos distraigan esta larga noche de frío y de muerte.

¿Por qué no recordar?

Nada puede hacerme daño ya.

CAPÍTULO II

A Chuck Darren le conocí en Vietnam.

Era un muchacho de veintidós años, alto, atlético, muy moreno y atractivo.

Él se consideraba una especie de *latín lover* y la verdad era que tenía mucho éxito con las mujeres, por lo común.

Era, también, un sádico.

Yo le vi disparar muchas veces contra pequeños guerrilleros vietcongs que huían a la desesperada, dándole la espalda.

Chuck reía ferozmente y apretaba el gatillo de su ametralladora.

Presumía a menudo de haber matado a más de cien enemigos. Y posiblemente no le faltara razón.

Yo le odiaba, a pesar de que mi corazón no estuviera hecho, precisamente, de fresas y de nata.

Sin embargo, Darren demostraba siempre un gran interés por mí.

Quizá ello se debiera a que yo me las arreglaba siempre bien para disponer de dinero y de comodidades.

O tal vez le fascinara mi carácter introvertido, y silencioso.

Puede ser también que sólo admirara en mí, mi pulso sereno, mi habilidad para hacer blanco a quinientos metros. También podría ser el frío morbo lo que le empujaba hacia mí: en mi expediente militar se hacía constar que yo había matado a un hombre cuando sólo tenía dieciséis años. De alguna manera, Chuck se había enterado de ello y siempre estaba tratando de sonsacarme algo al respecto.

—Dime, Mike, ¿cómo lo hiciste? —me preguntaba con los ojos brillantes de ansiedad.

—Déjame en paz —solía responder, huraño.

Posiblemente, si me hubiera confiado a él y le hubiera narrado la verdad, Chuck se hubiera sentido decepcionado.

Aquella era una historia repugnante, fétida, una experiencia amarga que había dejado una profunda marca en mi carácter.

Ahora ya nada me importaba demasiado, como ustedes comprenderán, y voy a contarla.

Mi padre era Joseph Kingman, un hombre enfermizo y sin voluntad, que jamás había servido para otra cosa que para gastar en *whisky* y en boletos de las carreras el escaso dinero que mi madre, María, ganaba trabajando como asistenta doméstica desde las ocho de la mañana a las diez de la noche.

Mi madre procuraba sisar a mi padre algunos dólares con los que atender a mi alimentación y a la de la pequeña Sue.

Sin embargo, cuando mi padre encontraba algún dinero que mi madre hubiera ocultado a su codicia, la escena que solía tener lugar al llegar la noche era terrible.

A pesar de que era delgado y enfermizo, como ya he dicho, mi padre sacaba fuerzas de algún lugar ignorado para golpear a mi madre hasta que su rostro estaba hinchado y su boca y su nariz arrojaban caños de sangre.

Yo me sentía asqueado.

Le había perdido el respeto a mi padre y sentía compasión por mi madre, aunque su pasividad y su sentido del sacrificio llegaban a hacerme perder la paciencia.

—¿Por qué no le abandonamos? —le propuse a mi madre en cierta ocasión—. Ese tío sólo merece morir solo, como un perro.

Mi madre palideció.

—No vuelvas a decir eso jamás —respondió, llorosa—. Por encima de todo, es tu padre.

—Reniego de él —afirmé—. ¿Qué otra cosa podría decir del tipo que permite que estemos días enteros sin comer, mientras él se gasta cien dólares en sus puercas juergas?

—Tu padre está enfermo, Mike. Es un enfermo incurable. En el fondo, se siente aterrado, desesperado. Por eso se embrutece con el alcohol: porque sabe que un día u otro morirá irremisiblemente.

Confieso que los razonamientos de mi madre no me enternecían. Mi padre jamás nos demostraba la menor atención, jamás tuvo para con nosotros un rasgo de afecto.

En cambio, sus golpes y sus latigazos habían dejado a menudo su huella sobre mi piel.

Poco a poco comencé a distanciarme de los míos.

Junto a otros chicos de mí misma edad cometía pequeños robos en las tiendas y supermercados que, al menos, me permitían comer hasta saciarme.

Lógicamente, poco a poco, comencé a necesitar más dinero. Ya no me bastaba con comer: necesitaba fumar, beber, presumir...

Pasé cortas temporadas en los reformatorios. Cortas porque casi siempre me fugaba antes de que me permitieran salir libremente.

No me ayudó para nada la «universidad» penitenciaria. Por el contrario, mi carácter se endureció, se hizo más cínico e inmoral.

Apenas acudía a la casa familiar de Glendale. Sue, gracias a mi madre iba a la escuela, mi madre seguía dejándose la piel y la salud en la asistencia doméstica, y mi padre vivía en una continua borrachera. Como siempre.

Volví a casa, tras mi última estancia en el reformatorio. Aunque parezca mentira, yo estaba dispuesto a dar un giro de ciento ochenta grados a lo que hasta entonces había sido mi vida.

Iba a intentarlo, al menos. Quizá consiguiera un trabajo, a fin de cuentas. Tal vez conseguiría evitar el dramático final que todos me profetizaban.

Cuando llegué a casa, Sue me besó en las mejillas y dijo:

—Bienvenido, Mike...

Mi madre me abrazó, estremecida, pero no dijo nada y se limitó a llevarme a la cocina y a servirme la cena.

A las once llegó mi padre.

Su rostro estaba abotargado y sus ojos azules carecían de brillo. Estaba empapado de alcohol.

En cuanto me vio, comenzó a despotricar, a insultarme. Y Analmente, me señaló la puerta de la calle.

—¡Largo! —chilló—. Ésta es una familia honrada. Los criminales como tú no tienen lugar aquí. Terminarías comprometiéndonos a todos.

Me alcé de mi asiento y prorrumpí en una carcajada sardónica que sorprendió a mi padre.

—¿De qué te ríes? —preguntó con voz estropajosa.

—De lo que acabas de decir.

—¿Quieres que te lo repita? Tu presencia aquí nos avergüenza.

—¡Habla por ti mismo! —grité—. Ellas no se avergüenzan de mí.

De todos modos... no eres tú el más indicado para dártelas de virtuoso.

Mi padre alzó el brazo para golpearme. Pero yo le atenacé, veloz, la muñeca y lo rechacé.

—No vuelvas a amenazarme —pronuncié con lentitud—. Tú no significas nada para mí. Pero no temas: me iré.

Me fui, dejando atrás las lágrimas silenciosas de mi madre y los hipidos nudosos de la pequeña Sue.

Pasó la primera noche en los sótanos de una casa en minas. A la mañana siguiente recorrí el mercado, las terminales de transportes y los gimnasios, a la búsqueda de un empleo.

Por desgracia, me conocían demasiado y nadie se fiaba de mí, aunque ahora mis intenciones fueran honradas.

Ocurrió lo que debía ocurrir: volví a robar.

Unos chicos me llevaron a un salón de juegos recreativos. Jugué al billar hasta la noche. Advertí que el encargado del salón me contemplaba insistentemente.

—¿Quién es? —pregunté a mis amigos.

—¿No lo sabías? Se llama Ben Jordán y le gustan los chicos —me respondieron.

Comencé a ponerme nervioso, al sentirme objeto de las continuas y libidinosas miradas de Jordán, un tipo corpulento y calvo, de mirada huidiza y expresión repelente.

Dejé el billar y me fui a jugar a una máquina electrónica.

Distraído, no pude advertir que la sala se iba quedando sola, hasta que las luces comenzaron a apagarse gradualmente.

Luego sentí la presencia de Jordán, próxima.

—Puedes jugar todo el tiempo que quieras. Si te hace falta dinero, yo puedo prestártelo, Mike —dijo, insinuante.

—Me voy ya —respondí, decidido.

—No tengas prisa —Jordán puso una mano sobre mi hombro—. Me han dicho que no tienes a dónde ir. Quédate aquí, Mike. Te daré de comer, una cama y algún dinero.

—¡Quítame la mano de encima! —grité, furioso.

—No debes ponerte así, Mike. Yo sólo quiero ayudarte —respondió, sutil como una serpiente.

Le di la espalda y me dirigí a la salida. Pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Abra —exigí.

—No, Mike, no pienso abrir. Quiero que te quedes.

Me mordí los labios de rabia.

Jordán era demasiado corpulento y pesado para que yo pudiera pelear contra él.

Lentamente se acercó a mí. Sonreía de forma repugnante con la expresión del cazador que tiene a su presa acorralada.

Fue a tocarme otra vez y... mi navaja salió del bolsillo y se hundió en su vientre.

Oí el estertor que brotó de su garganta y quedé paralizado por el espanto. Luego sus piernas se doblaron, cayó al suelo y quedó allí retorciéndose, mientras un gran charco de sangre se formaba sobre el piso.

Me sentí aterrado.

Pero necesitaba escapar.

Con una gran repugnancia me incliné sobre él y registré sus bolsillos.

Saqué un gran fajo de billetes, pero a mí sólo me interesaba su manojo de llaves.

Abrí, tiré las llaves y escapé.

Me detuvieron a la mañana siguiente, cuando dormía pesadamente bajo unos cajones, después de una noche pasada en vela.

Me acusaron de robo con homicidio.

Fue inútil que yo negara haber robado nada. Tan inútil como mi historia: nadie creía que Jordán hubiera intentado algo sucio y repelente, aunque sabían que era un homosexual.

Para ellos, la cosa estaba clara: yo me había quedado el último en la sala de juegos con el fin de matar a Jordán para robarle.

Según me dijeron, del bolsillo de Jordán habían desaparecido ochocientos dólares.

Yo sabía muy bien que el dinero había quedado junto a Jordán, que había muerto desangrado sobre el suelo. Al parecer, pues, alguien había llegado a la sala de juegos recreativos posteriormente y se había llevado aquel dinero, lo cual venía a agravar mi situación de forma definitiva.

Soporté numerosos interrogatorios durante más de doce horas seguidas. Pero sólo me arrancaron una confesión: me había

defendido del ataque de Ben Jordán, lo cual venía a resumir la verdad de los hechos.

Fui condenado a veinte años de reclusión, de los cuales sólo cumplí seis, pues me fue aplicada la libertad bajo palabra a cambio de enrolarme en la infantería de Marina del ejército de los Estados Unidos de América.

Recibí una instrucción dura y disciplinaria, pues —como dije antes—, en mi expediente militar se hacía constar que yo era un expresidiario.

Cuando fui trasladado a Saigón, mis músculos se habían desarrollado y endurecido tanto como mis sentimientos.

Aquella guerra me importaba poco, lo reconozco. Si yo estaba allí, empuñando una ametralladora o un *bazooka*, ello se debía, sencillamente, a que yo, por el momento, no podía hacer otra cosa.

Yo no decidía nada sobre mi porvenir. Me dejaba llevar por los acontecimientos, eso era todo.

A Chuck Darren, lo conocí en un prostíbulo vietnamita. Porque, aunque Darren tenía cierto éxito con las mujeres, demostraba una gran devoción por el ambiente de los lupanares.

Chuck se encontraba en una situación difícil: el enorme eunuco chino encargado de velar por el orden en la casa de chicas apretaba la hoja de un enorme cuchillo sobre su garganta.

Me informé del asunto: Darren no tenía dinero para pagar. De modo que pagué por él cincuenta dólares, atraque sólo fuese para evitar que su sangre manchase la bonita alfombra persa del salón.

Darren se me pegó enseguida como una lapa. Debí imaginar que yo era rico y generoso y que disponía de dinero fresco y abundante para seguir gastándomelo con él.

Tuve que poner las cosas en su sitio porque Chuck era absorbente como una esponja.

—Lárgate —dije, con entera crudeza—. Yo no soy Papá Noel. Se marchó.

Pero al día siguiente —ignoro mediante qué oscuros resortes—, consiguió ser destinado a mi unidad, la compañía T.

CAPÍTULO III

Conocí el verdadero carácter de Darren a raíz de la serie de operaciones que, contra el Vietcong, desarrolló el alto mando a partir de la primavera.

La compañía T se había organizado en treinta comandos de cinco hombres cada uno y Chuck Darren formaba parte precisamente del diecinueve, en el que yo estaba encuadrado.

De madrugada, los comandos de la compañía T fuimos subiendo a los helicópteros que habrían de transportarnos a los confines de la jungla, donde habría de desarrollarse aquella operación que los mandos estratégicos llamaban «de limpieza», pero cuyo auténtico nombre era el de «matanza».

Al amanecer, los helicópteros nos dejaron sobre un calvero, en plena selva, al límite de los marjales.

Nuestro objetivo era registrar la jungla de guerrilleros para finalmente converger todos los comandos en la aldea norvietnamita de

Long-Shai,

donde, según los servicios de inteligencia, acudían los vietcongs para surtirse de víveres y combustible.

Una espesa niebla favorecía nuestros movimientos.

El jefe de nuestro comando, el sargento John Violatti, consultó la brújula y dio la orden de partir.

Avanzamos en fila india a través de los lodazales.

Nuestros dedos agarraban con rigidez los ametralladores y nuestros ojos taladraban con desconfianza el follaje.

Caminamos unos cinco kilómetros hacia el noroeste sin que se produjese ningún incidente.

Nuestras botas chapoteaban continuamente sobre el fango con un
«flap-flap»

siniestro.

En cualquier lugar, bajo el barro, podían ocultarse los temibles cepos envenenados que solían colocar los vietcongs.

El sargento Violatti se detuvo.

—Es posible que haya minas —advirtió—. Caminad distanciados cuatro o cinco metros, por lo menos. En caso de que uno pise una mina, los otros se encontrarán a suficiente distancia como para salvar la vida.

Era todo un consuelo, pero obedecemos.

Apenas habíamos avanzado cincuenta metros, cuando una mina estalló fragorosamente bajo los pies del propio sargento.

No pudimos hacer nada por él, y ello por dos razones diferentes: la primera fue que una ametralladora de grueso calibre comenzó a enviar plomo abundante desde lo alto, lo cual nos animó a lanzamos de bruces contra el barro con la mayor rapidez. La segunda razón consistía en que nadie hubiera podido hacer nada por el desgraciado sargento Violatti: su cuerpo había quedado despedazado de forma horrorosa.

Darren se deslizaba sobre el fango como una serpiente, buscando un lugar más abrigado.

Iba cubierto de lodo hasta el casco, pero ello no parecía importarle demasiado: sólo se cuidaba de mantener seco y en perfecto funcionamiento su ametrallador.

Yo mismo me encontraba absolutamente cubierto de barro, de tal forma que hubiera resultado muy difícil descubrirme entre el fangal.

Cuando la ametralladora enmudeció unos instantes, alcé la cabeza y dirigí una mirada ansiosa a las alturas.

Vi la pequeña torreta de madera, perfectamente enmascarada con ramajes en lo alto de un árbol.

Arranqué de mi pecho una bomba ajustable al cañón de mi ametrallador, gradué el alza y disparé.

La bomba deflagró en lo alto de la torreta y los cuerpos de tres vietcongs saltaron en pedazos. El árbol *comenzó* a arder, pero las llamas se extinguieron en pocos minutos.

Abandonamos el lodazal con grandes precauciones y registramos los alrededores sin encontrar más enemigos.

Fue una larga caminata hasta descubrir la aldea de

Long-Shai
en mitad de la jungla.

Eran entonces las dos de la tarde y algunos niños izaban en mitad de la explanada alrededor de la cual se elevaban las míseras construcciones de la aldea.

Vance se comunicó por radio. Aguardamos la orden de atacar.

Antes de que se produjera, un pelotón de guerrilleros Vietcong abandonaron una casa de barro y cañas.

Chuck Darren se irguió y apuntó cuidadosamente.

—¿Qué vas a hacer? —susurré, desde el suelo—. ¡Podrías herir a los niños! ¡Espera la orden!

Darren sonrió. E inmediatamente su ametrallador disparó un torrente de plomo.

Seis pequeños guerrilleros vietcong cayeron a tierra. Pero los restantes retrocedieron veloces y se pusieron a cubierto, después de disparar unas cuantas ráfagas de metralleta.

Inmediatamente, nuestro fuego se generalizó.

El comando número quince avanzó, equipado con un lanza-llamas. Poco después seis casas ardían.

Mujeres y niños abandonaron las rústicas construcciones, aterrados.

Dos mujeres cayeron, alcanzadas por el fuego cruzado con que los vietcongs respondían a nuestro ataque.

Los niños chillaban y corrían locamente a lo largo de la explanada, sin rumbo fijo.

Junto a mí, Darren gastaba un cargador tras otro, sin reparar en que el cañón de su arma estaba ya casi al rojo vivo.

Gozaba impartiendo la muerte, era evidente.

Una por una, todas las casas fueron incendiadas y desalojadas.

Chuck Darren no se molestaba en tomar prisioneros: para él era mejor eliminarlos, porque con ello se evitaba el esfuerzo de cachearlos, vigilarlos, transportarlos y alimentarlos.

Era una ñera, un ser insensible, un auténtico sádico.

Finalmente cruzamos la explanada y avanzamos hacia el único edificio que hasta entonces habían respetado las llamas.

Debía ser un templo, a juzgar por las largas estelas pobladas de signos orientales que colgaban a la entrada.

Chuck entró primero.

En un rincón, un hombrecillo de cráneo brillante y rapado, se volvió hacia nosotros.

Estaba en cuclillas. Parecía ocultar algo en un hoyo, en el suelo, bajo la esterilla de palma.

—Déjalo —dije—. Es un sacerdote, un personaje inofensivo.

Pero Darren no parecía muy convencido, porque atravesó el templo en dirección al hombrecillo.

—Nunca se sabe. Estos tipos son capaces de encender una vela para Dios y otra para el Diablo —gruñó.

El sacerdote había desenrollado la esterilla y la extendía sobre el suelo, tapando el hoyo.

—¡Apártate! —gritó Chuck.

Pero el sacerdote se arrojó sobre la estera y la cubrió con su cuerpo.

Sonaron tres detonaciones sincopadas y... la esterilla se empapó de sangre.

—¡Eres un asesino, Chuck! —grité, impresionado por la abominable acción de mi compañero.

Chuck no se inmutó.

—No seas estúpido —respondió—. Seguramente debajo de la esterilla encontremos un verdadero «santuario»^[1].

Apartó el cuerpo de aquel desgraciado con el pie y tiró de la estera.

—Compruébalo —invitó.

Dejé el ametrallador en el suelo y me incliné.

Aparté unos cuantos puñados de paja y hojarasca antes de encontrar lo que el religioso vietnamita había escondido tan celosamente.

Y supongo que mis ojos debieron relucir de codicia al sacar aquellos objetos dorados a la luz.

—No se trata de ningún «santuario», sino de un verdadero tesoro en objetos de culto —declaré.

Chuck, que se había apartado unos metros, elevó el ametrallador y disparó una ráfaga.

Un afilado y fino sable oriental cayó de plano sobre mi espalda y el cadáver de un guerrillero vietcong rodó sobre el suelo, acribillado por las balas del ametrallador de Darren.

—Estaba oculto tras esa cortina —declaró Darren tras echar una

ojeada a la pieza vecina—. Saltó sobre ti, dispuesto a traspasarte con su sable. No me negarás que te he salvado la vida.

—Gracias. Es cierto que ese hombre me hubiera matado por la espalda de no ser por ti —respondí.

Yo jamás le había recordado la lista de señalados favores que le había prestado desde que le conociera en el lupanar de Saigón, pero estaba visto que Chuck Darren no era tan discreto como yo.

—Supongo que no tendrás inconveniente en que nos quedamos con esas pequeñeces —exclamó, señalando con el cañón de su arma los dorados objetos de cuito—. Deben de valer un buen puñado de dólares.

—No sé —respondí, vacilante—. No creo que nos convenga quedárnoslo. Si nos los encontrasen encima, podrían acusarnos de saqueadores.

—¡No digas tonterías! —estalló Chuck—. ¿Crees que los demás no hacen otro tanto?

Sin embargo, la cuestión fue decidida por el teniente O’Laughlin, que penetró en aquel momento.

—¿Qué es eso? —preguntó, receloso, refiriéndose a «nuestro» tesoro.

—Ese hombre estaba ocultando algo cuando entramos aquí —dije, señalando el cadáver del sacerdote—. Sospechamos que se trataba de un «santuario» de armas, pero ya ve de qué se trataba, teniente.

—Naturalmente, no pensábamos tocar nada hasta que usted no llegase, señor —añadió Darren con una sonrisa servil.

Sin embargo, cuando O’Laughlin hubo recogido aquellos objetos sagrados y se los llevó, Darren le dirigió una mirada asesina.

CAPÍTULO IV

Cuatro años después volvíamos a los Estados Unidos.

Me separé de Darren en Saigón, pues su expedición partiría dos días después.

—No dejes de llamarme por teléfono dentro de un par de semanas —me recomendó, con un ademán protector—. Tengo grandes proyectos para ti y para mí, al el futuro.

Me dio un número de teléfono de San Francisco y nos despedimos.

«Jamás volveremos a vernos», decidí mentalmente.

Me equivocaba, por desgracia.

En cuanto a mí, no tenía ni idea de lo que me depararía el porvenir.

Disponía de mil cuatrocientos dólares, que había ganado mediante mi habilidad —haciendo trampas, para ser más exactos—, para el póquer. Aquel dinero me permitiría vivir algún tiempo, antes de que me decidiese por lo que fuera.

Llegué a Los Ángeles en pleno verano. Yo tenía veintiséis años.

Durante los primeros días, no hice otra cosa que comer, beber, pasear y dormir.

Mi padre había muerto un año antes. Debió ser una muerte horrible porque padecía un cáncer de garganta y según mi madre sus últimos días de vida transcurrieron para el infeliz en dolorosa y terrible agonía.

Decidí no ir a casa. Había reflexionado y decidido en mi interior que la mejor forma de ayudar a mi madre y a mi hermana era manteniéndome lejos de ellas.

Alguien me dijo que cada noche se organizaba una atractiva timba en los sótanos de la Blackfriar's Tavern y decidí ir a echar un vistazo.

Me dejaron pasar en cuanto me reconocieron, porque para

ciertas cosas es muy recomendable haber estado previamente en la cárcel.

En el sótano encontré todo lo que suele haber en un tugurio de tal clase: mesas de póquer, de monte o bacarrá, ruleta, dados...

Las personas que estaban allí podrían dividirse en tres categorías: redomados tahúres, personas acomodadas e ingenuas y algunos locos y fanáticos jóvenes viciosos esperanzados en alzarse con treinta o cuarenta mil dólares por un azar de la suerte.

Es obvio que de aquellas personas, sólo los de la primera categoría terminaban siempre el juego con beneficios: los tramposos.

A Herb McGall, que estaba con los dados, le deslicé discretamente cien dólares y me dejó la mesa. A fin de cuentas, McGall sabía perfectamente que él no era ningún genio en aquel menester.

Hábilmente cambié los dados buenos por unos «leones»^[2]. Y el dinero comenzó a afluir a mi favor.

Por desgracia para mí, aquella noche les había dado por trabajar a los de la Brigada Contra el Vicio. Y así, sin que los «soplones» que vigilaban la entrada a los sótanos pudieran advertirnos, la timba se vio asaltada por una docena de policías de uniforme.

A mí me cogieron con las manos en la masa. O, lo que es lo mismo, con los «leones» en la mano.

Fui a la cárcel por seis meses.

Un oficial llamado Gordon me cogió entre ojos, nada más ingresar, porque le hice saber claramente que sus procedimientos iban contra la ley.

—De forma que tú, un criminal por vocación, vas a explicarme lo que es la ley —gruñó, irónico, el corpulento Gordon.

No hizo ningún comentario más. Me obligó a seguirle a una celda de castigo y allí dentro me golpeó con su «rompehuesos»^[3] hasta que mis piernas se negaron a seguirme manteniendo erguido.

Tardé muchos días en recuperarme de aquella paliza, pero el oficial Gordon no había terminado aún conmigo: al día siguiente me destinó al más humillante de los trabajos. Es decir, a la limpieza de los retretes.

Me perseguía constantemente y no perdía una sola ocasión de escarnecerme y humillarme.

Hubo un momento en que llegué a acariciar la idea de matarle; Me sería fácil estrangularle con el fino bramante que había encontrado en una cisterna de los servicios higiénicos que cada día me tocaba limpiar.

Pero matar a aquel canalla hubiera supuesto para mí la pena de muerte o la de cadena perpetua, en el mejor de los casos. Y yo no estaba dispuesto a pagar un precio tan elevado por aquel miserable.

Por otra parte, Gordon no sólo saciaba sus más bajos instintos martirizándome a mí; le sorprendí en una ocasión golpeando a puñetazos a un viejo tuberculoso llamado Bert Flannagan.

Flannagan murió veinte días después. Pero el médico firmó un certificado de defunción en el que se acreditaba que la tisis y un fallo cardíaco habían sido las causas de su fallecimiento.

Comprendí que si ingresaba de nuevo en la cárcel no volvería a salir. Por la sencilla razón de que no encontraría ningún argumento para permitir que Gordon siguiera viviendo.

A partir de allí, me vi forzado a hacer lo que consideraba más abyecto: fingir.

Me arrastré a los pies de Gordon, le obedecí, servil. Atendía a sus menores indicaciones con una sonrisa de babosa y no perdía una sola ocasión de alabarle y adularle.

Aunque todo ello me repugnaba, conseguí algo positivo: que Gordon dejase de perseguirme y que incluso me dedicase a otros menesteres menos humillantes que la limpieza de los retretes.

Salí de la prisión en primavera. Y, desde luego, no pensaba volver jamás a aquel lugar.

Un lujoso automóvil se puso a mi altura. Ya comenzaba a molestarme la insistencia de su conductor en ajustar la velocidad del vehículo a mis pasos, cuando reconocí a aquel hombre: era Chuck Darren.

Vestía un traje de doscientos dólares y lucía un ostentoso solitario de platino en la mano derecha.

—¿Qué esperas para subir? —exclamó—. Llevo dos horas aguardándote.

Vacilé. Me había propuesto no volver a relacionarme con Chuck porque había algo en él que me repelía.

Finalmente abrí la portezuela y me acomodé junto a Chuck.

Le miré de reojo. Tenía un aspecto próspero, de persona

satisfecha de la vida. Aunque Chuck era alto y atlético y su traje era caro, demostraba un gusto detestable en cuanto a la vestimenta.

Me golpeó en la espalda.

—Bien, ¿qué pasa, gran hombre? —exclamó—. ¿Creías que iba a olvidarte? Nada de eso, Mike: Chuck Darren jamás olvida a los buenos amigos... ¿Estás más delgado?

—Es posible —respondí, poco comunicativo—. El lugar que acabo de abandonar no es, precisamente, un hotel de cinco estrellas.

—Bueno, todo eso va a cambiar inmediatamente para ti afirmó, muy seguro de sí mismo.

—¿A qué te refieres? —pregunté, confuso.

—Las cosas me han ido muy bien, desde que nos separamos —confesó—. Tengo dinero, un bello hotelito en la costa, un buen automóvil y muchos proyectos para el futuro. Y en esos proyectos hay un lugar para ti.

—Escucha, Chuck... —Comencé a protestar.

—No tienes adónde ir, no dispones de dinero, la policía te devolverá a la prisión en pocos días si sigues empeñado en ganarte la vida como un delincuente de poca monta —expuso con frialdad. Y añadió—: Yo puedo y quiero ayudarte. Lo razonable sería que pusieras otra cara. Por tu expresión, se diría que mi presencia te repugna.

No hice ningún comentario.

Por otra parte, Chuck tenía razón: si volvía a las timbas o a cometer pequeñas fechorías, no tardaría en reingresar en la penitenciaría.

El panorama no era muy halagüeño. No disponía de dinero para sobrevivir unos meses, unas semanas al menos, ni esperaba encontrar por las buenas un, trabajo honrado y bien remunerado.

Era más fácil dejarse llevar por la corriente. Y la corriente, en este caso, se llamaba Chuck Darren.

Era cierto que poseía un cómodo chalet en la costa. Y en el chalet, Chuck vivía en compañía de Terry, una jovencita de veinte años que vestía pantalones vaqueros muy ceñidos y un suéter blanco muy apretado que ponía de relieve sus firmes y redondos senos.

Terry era pecosa y vivaracha y filmaba un cigarrillo tras otro.

Chuck me mostró, orgulloso, la casa.

—¿Te gusta? —preguntó luego, cuando volvimos al porche, donde Terry se mecía en un columpio.

—¿La casa? —pregunté.

—Me refiero a la chica.

—No está mal. —Respondí.

—Le recomendaré que se porte bien contigo, Mike, Yo tengo que volver a Los Ángeles, pero regresaré antes del mediodía —me dijo, insinuante.

—No le digas nada a Terry —le pedí—. La chica es tuya, ¿no?

—Y tuya, si la deseas —respondió, cínico.

Se alejó y habló unas palabras con Terry, Tras lo cual, alzó el brazo en señal de saludo y volvió al coche.

—Relájate, Mike. Compórtate como si estuvieses en tu casa. Báñate, come, bebe, fuma... Haz lo que quieras.

Arrancó bruscamente, y se alejó.

Terry encendió un cigarrillo y me lo ofreció. Sonreía.

—Chuck quiere que sea amable contigo —dijo. Y me echó los brazos al cuello y me acarició.

Pero yo la separé de mí sin brusquedad, aunque el contacto fuese muy agradable.

—Odio las caricias por encargo —expliqué.

Terry se echó a reír.

Tenía una risa cantarina y contagiosa y finalmente yo también reí sin saber exactamente por qué.

—Chuck me recomendó que fuese amable contigo, Mike. Pero olvídale. ¿Por qué no puedo acariciarte por mi propia iniciativa? —exclamó.

Se acercó y me besó ansiosa y turbadoramente.

CAPÍTULO V

—Diez mil dólares —dijo Chuck.

—¡Diez mil dólares! —exclamé, asombrado—. Es mucho dinero. ¿No se tratará de matar a alguien?

Lo había preguntado en broma, pero Chuck asintió.

—Has acertado.

Me puse en pie de un salto.

Estábamos en la terraza posterior de la vivienda, desde donde se divisaba el mar, calmoso.

Terry se había ido a dormir ya, pues eran más de las doce de la noche.

—Estás loco, si esperas contar conmigo, Chuck. No pienso ganarme la vida a costa de la de los demás. ¡No, no pienso matar por dinero! —exclamé, ofendido por aquella proposición.

Chuck sonrió.

—Está bien, como prefieras —respondió—. Aunque...

—¿Aunque...?

—Tal vez cambiases de parecer si te dijera el nombre de la persona a la que deberías eliminar —dijo, con un brillo satánico en sus ojos oscuros.

—¿Quién es? —pregunté inmediatamente.

—No puedo satisfacer tu curiosidad, si no estás dispuesto a realizar el trabajo —declaró.

Encendí un cigarrillo con cierta ansiedad.

—Tienes razón —respondí—. No me interesa...

Fumamos en silencio y Chuck me sirvió luego otro *whisky* con hielo.

Bebí, dejé el vaso sobre la mesa, y le miré.

—Voy a marcharme, Chuck —anuncié.

—¿Por qué? No te exijo nada que tú no quieras realizar voluntariamente. Puedes dormir aquí, hay camas suficientes.

—No. Dormiré esta noche, pero me iré mañana.

—Como tú quieras. Pero necesitarás algún dinero.

—Es cierto —confesé—. No tengo un centavo.

Chuck sacó un fajito de billetes unidos por un prendedor de oro.

—Toma dos mil. Me gustaría darte más, pero...

—Es demasiado —respondí—. Te lo devolveré.

Era muy tarde ya cuando Chuck me guió hasta mi habitación.

Nos despedimos y poco después yo dormía apaciblemente.

Nos separamos a las nueve del día siguiente.

—Vuelve por aquí si necesitas dinero —me ofreció Chuck.

Pasé el resto de la mañana intentando encontrar un empleo como conductor o siquiera como ayudante.

En todas las empresas que visité me exigieron informes por escrito. Por desgracia, yo no los tenía y no conseguí el empleo.

Durante los días siguientes continué insistiendo. Finalmente, conseguí un empleo de ochocientos dólares mensuales como socorrista en la playa de Malibú.

Apenas llevaba dos días trabajando, cuando el hombre que me había contratado vino a verme.

—Lo siento, Kingman, Queda despedido —me anunció bruscamente.

Me sentí profundamente desconcertado.

—¿Acaso no he realizado mi trabajo a satisfacción? —pregunté, recordando que la tarde anterior había salvado de morir ahogada a una vieja loca que se había alejado mar adentro durante la pleamar.

—No se trata de eso. Siguiendo nuestra costumbre, hemos consultado al fichero de penados, ¿comprende? Y tenemos un documento en el que se certifica que usted ha estado varias veces en prisión. Y en esas condiciones no podemos admitirle.

Me encogí de hombros. Pero me sentía profundamente abatido.

—Ya. Se trata del círculo vicioso —murmuré.

—¿Cómo...?

—Usted no lo comprendería —respondí.

—Bien. Pase por la oficina. Le pagarán dos días y agregarán una pequeña indemnización por despido —me dijo aquel individuo.

Era el círculo vicioso: aquel hombre no me daba trabajo porque yo había estado en prisión. Y yo me verla de nuevo empujado a la prisión porque no me daban trabajo.

Me dieron treinta y siete dólares y abandoné la playa.

Había alquilado un apartamento en las cercanías de Malibú, pero era demasiado caro y tuve que cambiarlo por otro más barato, pero también más pequeño e incómodo.

No volví a buscar trabajo. Más o menos, sabía la respuesta que iba a escuchar en todas partes, de modo que no estaba dispuesto a seguir soportando una humillación tras otra.

Tuve que volver a Chuck, que me dejó otros mil dólares sin molestarse en hacer preguntas.

Y así, cuando llegó el verano, yo le debía a Chuck más de cinco mil dólares.

Una noche tomé un taxi y di al conductor la dirección del hotelito de Chuck Darren.

Gasté mis últimos doce dólares en pagar al taxista y ascendí hasta la construcción del promontorio.

Un perro me ladró furiosamente en el porche y Chuck Darren salió a recibirme.

Contempló con una sonrisa indulgente mi traje manchado y arrugado y me invitó a entrar.

—Veo que no te van muy bien las cosas, Mike —exclamó.

Solté una de mis raras —por lo escasas—, carcajadas.

—Por el contrario, tengo ante mí un porvenir espléndido —respondí, luego—. Incluso estoy dispuesto a devolverte los cinco mil dólares que tan gentilmente me prestaste.

—¿Cómo? —preguntó Chuck, incrédulo, señalando con un gesto mi pobre vestimenta.

—Cumpliendo tu encargo —respondí.

Inmediatamente, Chuck se deshizo en gentilezas, en demostraciones de amistad y en ampulosos halagos.

—Vamos, entra. ¿Por qué diablos te fuiste? Sabes que soy tu amigo. No me avergüenzo de ti, pero me disgusta que vistas esos harapos... ¡Adelante, viejo comando! Ven, vamos, charlaremos, beberemos... ¡Ésta debe ser una gran noche...!

Terry me dirigió una mirada insistente cuando penetramos en el salón.

Por mi parte, no estaba dispuesto a perder el tiempo en cumplimientos.

Y adivinando mis pensamientos, Chuck despidió a la chica.

—¿Y bien...? —preguntó cuando estuvimos ante un par de *whiskys* con hielo.

Bebí y le miré.

—¿Cómo se llama el tipo al que hay que... eliminar? —pregunté.

—Se llama Anthony Gordon —declaró Chuck.

—¡Gordon! —exclamé—. Conocí a un oficial en la prisión que se llamaba así.

—Es el mismo hombre.

Yo quería devolverle a Chuck sus cinco mil dólares. Tendría que matar, era evidente, pero si se trataba del oficial Gordon realizaría el trabajo con menos escrúpulos de conciencia, casi con placer.

—¿Estás seguro? —Traté de asegurarme.

—Sí. Anthony Gordon, cuarenta y cuatro años, oficial de prisiones. Alto, corpulento, calvo, ojos azules, una cicatriz en la mandíbula, producida hace años por el cuchillo de un presidiario.

No había dudas: era el Gordon que yo conocía. El mismo ser abyecto que me había torturado, martirizado, escarnecido y humillado en la penitenciaría.

—Es curioso —dije, entre trago y trago.

—¿Qué?

—Que vosotros queráis matar a Gordon —dije.

Chuck aplastó el cigarrillo contra un cenicero con gesto enérgico.

—¿Nosotros?

—¿Quién, si no?

—Querido, yo no quiero matar a nadie —exclamó—. Me ofrecen un negocio y lo realizo, mediante una cantidad que se acuerda según la dificultad de cada caso. Pero yo no tengo, personalmente, ningún interés en rellenar los cementerios de esta ciudad.

Yo conocía suficientemente a Chuck Darren como para no darle crédito a ciegas. Sabía que él gozaba con el riesgo, pero también le había visto gozar enviando al Más Allá a docenas y docenas de guerrilleros.

—Explícame, entonces, el sistema —rogué.

Elevó las manos y se acarició la frente.

—Imagínate —dijo—, una gran empresa privada formada por médicos y practicantes. Cada médico, cada practicante, cobra una

cantidad por cada servicio que le encargan... Tú eres el doctor Kingman. Recibes el encargo de asistir a una persona determinada, sólo que... ¿cómo explicártelo? ¡Sí! En lugar de reanimar al paciente que ha sufrido un infarto de miocardio... utilizas los medios oportunos para quitarlo de este mundo sin que sufra demasiado y, por supuesto, con la suficiente habilidad como para que nadie pueda acusarte ni probar tu intervención. Con la ventaja, de que tú cobrarías siempre por adelantado... Al contrario que los médicos, que siempre perciben sus honorarios después de prestar sus servicios. ¿Está claro?

—Muy claro —respondí—. De forma que, prácticamente, Anthony Gordon es un enfermo.

—Incurable —afirmó Chuck, divertido.

Reflexioné breves instantes.

—¿Diez mil? —inquirí.

—Diez mil —confirmó Chuck—. Ahora mismo, si los quieres.

Di un sorbo a mi vaso.

Confieso que me encontraba muy excitado, aunque siempre he sabido disimular perfectamente mis más íntimas emociones.

—Imagínate que me entregas esos diez mil dólares y me largo —insinué.

Chuck no se inmutó.

—Inténtalo, si quieres morir —respondió, Y estaba más serio de lo acostumbrado en él.

—Pero yo podría tomar el dinero y escapar —insistí.

—¿Eso es lo que crees? —exclamó—. No seas estúpido, Mike. ¿Es que no conoces las reglas?

Moví la cabeza negativamente.

—No. ¿Qué reglas?

Chuck me miró con lástima.

—¡Mike, Mike! —exclamó—. Te suponía más maduro en este tipo de cosas.

—Quizá no lo sea. Pero tú pareces muy enterado de todo. ¿Por qué no me lo explicas?

Volvió a encender un cigarrillo.

Yo le suponía excitado, pero la verdad es que sus manos no temblaron lo más mínimo al acercar la llama de su «Dupont» de oro al cigarrillo.

—Lo intentaré —dijo—. Escucha, Mike: cuando una persona necesita quitar de este mundo a alguien que le estorba, recurre a nosotros. Es decir, recurre a personas que son capaces de llevar a cabo el trabajo con seriedad y con absoluta eficacia. Si te pagan diez mil para que quites del mundo a una persona en particular, gastarían cien veces más para eliminarte a ti si fallas o tratas de estafarles, ¿comprendes? Son gente de dinero, con poderosos recursos, que quieren matar sin complicarse la existencia.

—Ya —exclamé.

—Si tú te encargas de Gordon, la persona que desea su muerte estará a salvo de sospechas, puesto que cuando tú mates a ese cerdo, el que te ha pagado se encontrará en cualquier lugar público, donde le estén viendo docenas y docenas de personas, que después podrán testificar a su favor.

—Muy inteligente —alabé.

Chuck siguió hablando sin hacerme caso:

—Pero si tú te aprovechas de la confianza que ponen en ti, si intentas escurrir el bulto con el dinero sin cumplir con tu parte, la persona que te ha pagado, contratará a otro o a otros y pagará lo que sea necesario para eliminarte, a su vez. Sólo así puede funcionar este negocio: cumpliendo siempre. Y si sientes la tentación de tomar el dinero y emprender la fuga... Créeme: lo mejor es que no te comprometas.

Bebimos otra vez.

—Está bien —decidí—. Dame cinco mil dólares y me ocuparé de Anthony Gordon. Los otros cinco mil para enjugar mi deuda contigo.

Chuck me miró fijamente.

—Estás decidido, supongo.

—Sí.

—¿Cuándo lo harás?

—Como comprenderás, antes debo averiguar algunas cosas. Saber dónde vive, vigilar sus ideas y venidas...

—No es necesario que pierdas el tiempo en eso. Yo te daré todos los datos. A partir de hoy, tienes cuarenta y ocho horas para terminar tu trabajo. Y ten en cuenta algo muy importante —advirtió Chuck.

—Di.

—Tienes que avisarme el día y hora exactos en que eliminarás a Gordon —exigió.

—De acuerdo —respondí.

CAPÍTULO VI

—No —bramó Anthony Gordon.

—Te lo ruego, Anthony —suplicó Flora Gordon—. ¡Desearía tanto que tuviéramos un hijo!

—Eres una estúpida sentimental —gruñó Gordon.

—¡Tony!

—¡No me llares Tony! —gritó él—. Ese diminutivo me suena a algo decadente y cursi.

—Está bien, Anthony —imploró la señora Gordon—. ¿Por qué no lo intentamos?

Gordon se volvió desde la puerta de la cocina, a dónde había ido a buscar una cerveza.

—Sería inútil —respondió—. Vamos, tú sabes de sobras que no podría ser. ¡Eres estéril...!

La mujer era menuda y frágil, pero muy hermosa y joven todavía.

Vaciló, antes de decir lo que tenía que decir.

¡Temía tanto a su esposo...!

Pero finalmente se decidió:

—Siempre repites lo mismo, Anthony: «Eres estéril». Para ti, la estéril soy yo. Pero la verdad es que jamás has accedido a que me sometiera al consejo de un ginecólogo...

—¿Por qué habría de permitirlo? —clamó el hombre—. Te leí la sección médica de una revista, el otro día. Ya lo oíste: en el setenta por ciento de los casos de matrimonios estériles, la culpable es la mujer.

—Pero tú...

—¿Vas a empezar con la eterna historia? —Rugió Gordon.

Traía una gran botella de cerveza fría, de la que vació la mitad, aproximadamente, de un solo trago.

Después de lo cual, se dejó caer pesadamente sobre un sillón y

se desentendió del asunto.

Indiferente, Gordon conectó la televisión e ignoró a su esposa.

Pero, aunque fuese por primera vez, Flora Gordon estaba dispuesta a llegar hasta el final en aquel asunto.

Flora tenía ya treinta y ocho años.

Ansiaba tener un hijo, y no estaba dispuesta a rendirse antes de intentarlo todo.

Gordon y él llevaban casados dieciséis años.

Durante aquel tiempo, Flora había ido comprobando que el carácter de su esposo se agriaba y endurecía paulatinamente.

Había tenido una excelente oportunidad cuando regresó de la guerra de Corea: el ingreso en el American Bank, lo que suponía sueldos más elevados y una existencia más prestigiosa, confortable y regular.

Pero Gordon había preferido ingresar en la academia de funcionarios de prisiones.

—Es un empleo del Estado. Jamás nos faltará para comer —había sido su disculpa.

Anthony Gordon había sido herido en Corea.

Flora jamás descubrió en su piel una cicatriz, pues era una mujer tímida y discreta y nunca se atrevió a plantear a su esposo aquella cuestión.

Pero cuando transcurrieron los años y ella se desesperó al ver que no llegaban los hijos, se atrevió a realizar alguna pequeña investigación.

Y así supo que a Anthony Gordon le había sido practicada una delicadísima operación en los genitales, tras sufrir una aparatosa herida de metralla, en la que había estado a punto de morir desangrado, en el fondo de una trinchera.

Del informe que Flora había obtenido, se deducía que Anthony Gordon había sufrido la amputación de un testículo.

—Lo cual, no significa, necesariamente, que su esposo sea estéril. Y, en el peor de los casos, podría someterse a una operación quirúrgica que dejaría las puertas abiertas a su paternidad —afirmó un coronel médico.

En definitiva: Flora Gordon poseía argumentos suficientes para obligar a su esposo a someterse a un examen médico, si bien jamás se había atrevido a ello, hasta la fecha.

¿El motivo?

Dos motivos: uno, el carácter sumamente irascible y violento de Gordon. El segundo, naturalmente, la timidez y discreción de las que siempre había dado muestras Flora desde que se casara con Anthony Gordon.

A pesar de que íntimamente había tomado su decisión, Flora miró con prevención a su esposo.

Gordon, que únicamente dedicaba ya atención a la pantalla del televisor, se llevó la botella a los labios y apuró su contenido de un largo y ruidoso trago.

—Tráeme otra cerveza —ordenó.

Flora obedeció sin rechistar.

Fue a la cocina, seleccionó la cerveza más fría, la abrió y se la trajo a su esposo, que se la arrebató bruscamente de un manotazo, bebió un trago y se sumergió en la contemplación del televisor.

—Anthony —dijo ella con voz suave.

—¡Déjame en paz! —gritó Gordon, exasperado—. Sabes que entro de servicio en la prisión a las diez de la noche. ¿Es que no tengo derecho a perder un rato viendo la televisión?

—Anthony, tengo ya hora para la consulta del doctor Hemings —confesó la infeliz Flora.

—¿Quééééé? —bramó su esposo.

Se alzó del sillón y la contempló con ojos llameantes.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

Como de costumbre, Flora se encogió sobre sí misma, quizá para parecer más pequeña e inofensiva.

—Son las seis —murmuró—. A las siete deberemos estar en la consulta del doctor Hemings. Me ha dado toda clase de seguridades. Es un hombre joven, discreto, un gran profesional, el mejor. No me importa gastarme los seis mil dólares que me dejó mi madre. Todo sea por nuestros hijos —terminó Flora de un tirón.

—¿Quién es Hemings? —preguntó Gordon, tenso.

—Un médico especialista, un experto en cuestiones genéticas. Le expliqué nuestro caso y se mostró muy interesado. Sólo perderás un par de horas. El doctor Hemings nos someterá a algunos análisis. A los dos. Dime, Anthony, por amor de Dios, ¿es que no te gustaría tener un hijo? —preguntó ella, con enorme ansiedad.

Gordon enrojeció.

—No me interesa —se diría que mascaba las palabras—. Recuérдалo, Flora: no me interesa tener un hijo. Vivo bien así... En realidad, odio a los niños. Y no te permito que vayas a ver a ese doctor Hemings de los diablos ni a ningún otro doctor.

—Pero, Anthony...

—¡Nada! —gritó Gordon—. Si hubiéramos podido tener hijos, hubieran venido ya. ¡Tú crees que soy yo el estéril, confíésalo!

—Yo pienso...

—Me importa poco lo que pienses. Yo sé que eres tú la estéril. Deberías estarme agradecida, porque jamás me he quejado. Y sin embargo, estás molestándome continuamente con tus estúpidas insinuaciones...

Flora se irguió.

—Está bien, Anthony. Admitamos que soy yo la estéril. Déjame, al menos, que sea yo la que se someta a los análisis y tratamientos del doctor Hemings. Nada perdemos con ello —explicó.

Pero Gordon se abalanzó sobre ella y la tomó por los hombros. Entre sus manos, Flora parecía una niña... aunque fuese su esposa.

—¡Claro que no te lo permitiré! Dices que nada perdemos con ello, pero te equivocas: perderemos dinero y tiempo, porque tú no estarás aquí para atenderme mientras estés en la consulta de ese tal doctor Hemings... ¡No cuentes con ello, Flora!

—¡Anthony, por favor! —gimió la mujer—. Un hijo vendría a bendecir nuestra casa, a limar asperezas, a...

—He dicho que no —bramó Gordon, iracundo—. ¡Quítate esas ropas y ocúpate de la cocina! Yo traigo el dinero a esta casa. A ti te corresponde el resto, no lo olvides.

Flora se alejó de él, desesperada.

Si le faltaba alguna prueba para comprobar que la esterilidad del matrimonio radicaba precisamente en su esposo, allí estaba la confirmación.

Porque, en caso contrario, ¿por qué se oponía Gordon a que ella, sola, se sometiese al tratamiento del doctor Hemings?

Sencillamente, porque en tal caso quedaría patentemente demostrado que Anthony Gordon jamás podría tener hijos.

Flora penetró en su dormitorio y se desvistió lentamente.

Se soltó el cabello y se contempló en el espejo, desnuda.

Una leve sonrisa se insinuó en sus agradables facciones.

«No soy una vieja —pensó—. Aún podría tener uno o dos hijos». Pero la sonrisa se borró bruscamente.

Su esposo no estaba dispuesto a ponerse en tratamiento. Por encima de cualquier otra consideración, para Gordon contaba su soberbia y su exagerado amor propio.

Tristemente, Flora se puso una bata, cruzó el salón donde su esposo continuaba embebido en el televisor y se introdujo en la cocina.

Como Anthony había dicho, aquél era el lugar que le correspondía.

CAPÍTULO VII

—Ve —dijo Chuck.

Tomé la maleta, dentro de la cual estaba el rifle, desarmado.

La deposité sobre el asiento trasero del automóvil que había alquilado el día anterior en Santa Mónica, valiéndome de un nombre falso.

Me senté sin prisas, encendí un cigarrillo y di al contacto.

Por el espejo retrovisor vi a Chuck, que me despedía alzando un brazo en postrer gesto de saludo.

Conduje a pequeña velocidad porque apenas eran las ocho y el sol caminaba ya hacia su ocaso.

Tenía tiempo de sobras. No había que precipitarse.

Estaba realizándolo todo de forma fría, sin nervios. O eso era, al menos, lo que hubiera pensado cualquiera que no se encontrase bajo mi piel.

La verdad era que me debatía en una tremenda lucha interior.

Era cierto que odiaba a Anthony Gordon. Para mí aparecía más que justificada su muerte. Pero una cosa es juzgar sobre el papel a una persona y otra, muy distinta, llevar a cabo una ejecución.

Le había preguntado a Chuck por qué alguien deseaba la muerte de Gordon, ya que era obvio que no iba a confesar el nombre de la persona que había pagado diez mil dólares por aquella faena.

—No te preocupes por eso —respondió Barren—. A nosotros no nos importan esos detalles. Cuanto menos sepas del asunto, mayor seguridad para ti —resumió.

Pero pocas semanas después yo habría de averiguar el motivo que justificaba el asesinato de Anthony Gordon.

En el «sindicato» figuraba un poderoso hombre de negocios llamado James Flannagan.

Aquel nombre —Flannagan—, supuso para mí la clave del asunto.

¡El viejo Bert Flannagan, el viejo tuberculoso, que había fallecido en la penitenciaría, a los veinte días de recibir una tremenda paliza del oficial de prisiones!

Para mí el asunto estaba claro: James Flannagan era el hijo de aquel infeliz que había encontrado la muerte en San Quintín.

James Flannagan era un personaje importante en los cerrados círculos del crimen organizado y poseía dinero suficiente para planear la muerte de Gordon, sin complicarse personalmente lo más mínimo.

Naturalmente, todo ello lo averigüé mucho más tarde, porque, en caso contrario, hubiera exigido una cantidad de dinero más crecida.

A las nueve de la tarde detenía mi coche en la Rotonda Street, de San Bernardino.

Anthony Gordon vivía en el número setenta de aquella misma calle. Es decir, a unos cincuenta metros del lugar donde yo había detenido mi coche.

Frente a la casa de Gordon se encontraba el Californian Stadium, donde en aquel mismo momento estaba celebrándose uno de los combates teloneros de una velada de boxeo.

Un estadio al aire libre, he aquí lo que yo necesitaba.

Abrí mi maleta, saqué las dos partes del rifle y el silenciador y la mira telescópica y embutí las cuatro piezas en los alojamientos tubulares de tela que yo mismo había cosido a mi holgada chaqueta.

Bajé del coche y me dirigí a las taquillas del estadio. Sin permitir en ningún momento que el hombre que despachaba los boletos pudiera ver mi rostro, adquirí mi entrada y entré.

Unas tres mil personas se agitaban y gritaban como locos alrededor del *ring en que dos boxeadores del montón se golpeaban hasta convertir la lona en un charco de sangre.*

Disimuladamente fui ascendiendo hasta llegar a la parte más alta.

Desde el voladizo, salté fácilmente al muro y me aplasté allí, lejos de la vista de los entusiasmados espectadores.

Desde aquel lugar dominaba perfectamente la casa de Anthony Gordon. Era uno de esos chalets, en serie, adosados, que últimamente han puesto de moda las empresas constructoras para

ahorrarse superficie.

Gordon salió de su casa a las nueve horas veinte minutos. Yo le vi perfectamente a través de las lentes de la mira telescópica.

Le vi abrir la portezuela de su coche —un anticuado «Dodge»—, e introducirse en él, tras lo cual vi brillar sus faros.

Le dejé arrancar.

Desde arriba no veía su rostro, pero sí una porción de su hombro izquierdo y de su pecho.

Para mí, era suficiente.

El coche de Gordon abandonó la zona de aparcamiento privada y salió a la calle.

Avanzaba despacio y ello me permitió perfeccionar mi plan.

A quince metros del lugar en que se encontraba el coche de Gordon un semáforo fulgió en rojo.

En el cruce, un gran camión *tráiler* se puso lentamente en marcha.

Apunté entonces y disparé tres veces.

Gordon separó sus manos del volante y el coche siguió adelante... (precisamente cuando ya el *tráiler* comenzaba a cruzar).

El «Dodge» de Gordon, en lugar de detenerse ante el semáforo en rojo, siguió adelante y se estrelló contra el camión pesado.

Otros cinco coches, que habían intentado frenar para evitar el impacto contra el «Dodge», provocaron una colisión en cadena y allí se armó un estrépito de carrocerías abolladas y de bocinas que resonaban impacientes.

Por mi parte, desarmé velozmente el rifle, descendí de lo alto de la marquesina e introduje las distintas piezas en los disimulados alojamientos de mi chaqueta.

Descendí sin perder tiempo, me mezclé de forma disimulada con los vociferantes espectadores del estadio y me dispuse a esperar tranquilamente que terminase la velada.

A las doce de la noche, salí del estadio mezclado con otras tres mil personas.

El cruce estaba en orden.

Más allá, en una vía de servicio próxima, convertido en pura chatarra, se encontraba el «Dodge» de Anthony Gordon.

Anduve tranquilamente hacia el aparcamiento, me introduje en mi coche y abandoné San Bernandino.

Aquella misma noche oí la noticia de la muerte de Gordon en un boletín de noticias de la radio.

Su cuerpo había sido extraído del coche gracias a un soplete. Pero se encontraba casi despedazado tras la violenta colisión y parcialmente carbonizado, después de que el tanque de su automóvil se incendiase.

Tal vez el forense practicase la autopsia, tal vez no.

En cualquier caso, yo había cumplido con mi parte.

Anthony Gordon, un hombre que no merecía vivir, estaba muerto.

Sin proponérselo, Mike Kingman había deshecho un círculo vicioso: el que suponía el mismo Anthony Gordon.

Porque ¿quién era Gordon sino una víctima de las circunstancias?

Gordon había sido herido por la metralla en Corea.

Un pedazo de hierro le había convertido en un ser estéril, en un hombre incapacitado para engendrar hijos.

Desde luego que Gordon lo supo, poco después de ser repatriado. Era consciente de que jamás tendría un hijo.

Así se convirtió en un ser frustrado.

Se sentía disminuido, amargado, y su única válvula de escape la suponían los presos sujetos a su vigilancia.

Fue un hombre cruel, salvaje, sádico, porque no fue capaz de atemperar su disminución física a la bondad y a la piedad.

Fue doblemente egoísta, puesto que a sus desahogos contra personas encomendadas a su custodia —que no disponían de ningún medio de defensa—, sumó también el engaño del que hizo víctima a su esposa.

Cuando se casó con Flora Johnson, Gordon sabía que él nunca podría tener hijos de ninguna mujer.

Pudo hacérselo saber a Flora, prevenirla acerca de su mutilación genital, pero calló. Por puro egoísmo, puesto que Gordon desconfiaba de que alguna mujer se prestase a casarse con él, si conocía aquella desgraciada circunstancia.

Ahora, Flora era libre.

Su esposa, sin embargo, lloró amargamente al conocer la noticia. Porque, aunque Gordon no había sido el mejor de los esposos, ella le amaba sinceramente.

Dos días después, Flora asistió al funeral por el alma del difunto Anthony Gordon, al final de cuyo acto se procedió a la cremación de los carbonizados y destrozados restos.

A ella, ni siquiera se le ocurrió pensarlo, pero lo cierto fue que un año después se casaría con John Carrigan, el dueño de un garaje próximo.

Diez meses después de la boda nacería el primer hijo del matrimonio Carrigan: un precioso niño al que Flora se empeñó en llamar Anthony.

Pero ésta, indudablemente, es ya otra historia.

CAPÍTULO VIII

Estaba terminando el verano.

A finales de setiembre, regresé de México, donde había pasado más de cuarenta días recorriendo las costas, haciendo vida solitaria y salvaje.

Chuck me llamó enseguida.

—¿Dónde te metes, Mike? —preguntó—. Hace tres Semanas que te busco inútilmente.

Le expliqué la verdad... a medias.

Dije que había tomado unas pequeñas vacaciones en México, aunque lo cierto era que yo había huido porque me sentía aterrado.

Aterrado de mí mismo, de mi crimen.

En cuanto a la muerte de aquel degenerado Ben Jordán de mis años de adolescente, no experimentaba el menor escrúpulo, puesto que, en el fondo, yo no había hecho otra cosa que defenderme.

No ocurría lo mismo en relación con Gordon, al que, si bien odiaba, había matado... por dinero.

Mi viaje a México no significaba sino una huida de mí mismo y de los fantasmas que, durante el sueño, venían a acosarme.

—Debiste avisarme, facilitarme tu nueva dirección —respondió Chuck.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirí, sorprendido.

—Creo que debes saberlo, Mike. *Ya no eres libre* —dijo.

—¿Qué has dicho? —grité—. ¡No me debo a nadie, sino a mí mismo!

—Eso es lo que tú piensas... En fin, será mejor que vengas a verme. Hablaremos de ello —propuso.

Pensé en enviarle al... infierno, pero Chuck había conseguido intrigarme y accedí a entrevistarme con él.

Llegué a la una del mediodía al hotel de los acantilados.

Junto a la pequeña piscina de la terraza posterior, Terry se

bronceaba al fuerte sol, literalmente desnuda.

La miré. Con deseo y con lástima.

Aquella guapa muchacha no era sino una muñeca que se plegaba a los deseos de Chuck Darren a cambio de vegetar a su lado.

Terry comía, bebía, fumaba constantemente, hacia el amor con el primero que le saliera al paso —siempre que no estuviese delante Chuck—, y dormitaba cuando se aburría...

Chuck salió del interior con dos vasos en la mano.

Me miró y debió advertir mi expresión tempestuosa, porque dejó los vasos sobre la mesa y forzó una sonrisa.

—Vamos, Mike, no te enfades. Tengo un magnífico negocio para ti —pronunció, halagador.

—Quiero saber qué querías decir cuando afirmaste que yo ya no era libre —exigí.

Chuck borró la sonrisa.

Miró a la chica y dijo sencillamente.

—Lárgate.

—Como quieras —respondió Terry, sumisa. Se alzó de su tumbona y se alejó hacia la casa, sin molestarse en cubrir su desnudez con una toalla...

—¿Y bien...? —inquirí.

Chuck tomó su vaso y me indicó con un gesto que bebiera, pero yo no me moví.

—No he sido yo quien dictó las normas del juego, Mike —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—No se puede salir fácilmente de este negocio, una vez introducido. Te encargaron un caso y lo resolviste.

Desde entonces... puede decirse que estás fichado. Te obligarán a seguir cumpliendo cuántos encargos te hagan —afirmó.

—Pero yo no he firmado ningún contrato —respondí, desdeñoso.

—No se trata de fórmulas legales. Si te niegas, un camión te atropellará en el momento más inesperado. Si intentas huir, una ráfaga de metralleta te detendrá... ¿no lo comprendes?

Parpadeé.

—Debiste advertirme, Chuck —dije, sombrío.

—¡Vamos, Mike, creí que un tipo como tú estaría al tanto de estas cosas! —exclamó Barren, un tanto impaciente.

Volvió a beber de su vaso. El hielo tintineó contra el vidrio.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó al fin, contemplándome por el rabillo del ojo.

—¡Nada! —respondí—. Nada. Viviré atento. Si alguien trata de atentar contra mi vida, procuraré defenderme. Estaré preparado.

Chuck encendió un cigarrillo con su «Dupont» de oro.

—¡No sabes lo que dices! Nadie logra escapar a esto.

Sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta y lo arrojó sobre la mesa con un ademán brusco.

Eran unas brillantes cartulinas. Fotos en color.

Me acerqué y tomé algunas.

Palidecí.

La persona que aparecía en aquellas fotos era yo, Mike Kingman.

Kingman descendiendo de su coche en Rotonda Street.

Kingman introduciendo las piezas de su rifle en los alojamientos de la chaqueta.

Kingman adquiriendo un boleto en las taquillas del Californian Stadium.

Kingman ascendiendo una escalera que llevaba al graderío.

¡Kingman saltando al muro de la marquesina voladiza!

¡Kingman montando el rifle...!

Sudaba por todos los poros, a pesar de que una leve brisa soplaba desde el Pacífico.

—¡Tú hiciste estas fotografías, maldita sea tu estampa! —grité.

—¡Te equivocas, Chuck! ¡Yo...!

—Vi la cámara japonesa, especial, en tu mueble-bar de arriba —acusé.

Salté sobre él y le derribé.

Nos acometimos ferozmente.

Un puñetazo en los labios de Chuck manchó de sangre su bella camisa de seda.

Pero Darren era duro y fibroso y se revolvió como una fiera.

Me dobló en dos de un *jab* en el estómago y me despidió de un puñetazo al borde de la piscina.

Luego se arrojó sobre mí y los dos caímos al agua.

Golpeé su cabeza contra el hormigón del borde y le aferré por el cuello.

De repente, me di cuenta de que estaba estrangulándole, de que el rostro de Chuck se oscurecía y sus ojos parecían ir a salirse de las

órbitas.

Le solté, demudado.

Y nos miramos, jadeantes, tras lo cual, Chuck tosió secamente y la sangre de sus labios manchó la limpia agua de la piscina.

Me subí hasta el borde y le ayudé a salir.

Tardó muchos minutos en recuperar la respiración.

—Sí —confesó, entonces, con voz estertorosa—. Yo... hice... las fotos. Ése era mi papel, el que me habían encomendado. Tienes... tienes que entenderlo, Mike. ¡A mí me tienen cogido también!

—Pero tú tienes que saber quiénes son los que te encargan estos... «trabajos» —insinué.

Denegó con esfuerzo.

—No... Lo tienen todo atado, bien atado. Ellos tienen nuestra ficha, nuestra dirección. Cuando necesitan de ti te llaman por teléfono o te envían por correo un *casete*, grabado con las instrucciones —declaró.

—¿Y el dinero? ¿Cómo te entregan el dinero? —insistí.

—Utilizan un sistema parecido. Dejan un sobre en tu buzón postal o te lo envían por correo, sin certificar. Siempre en billetes, en dinero metálico. Nada de cheques, ni ningún otro medio que pudiera servir de pista.

Me puse en pie y Chuck me imitó con gran dificultad. Las huellas de mis dedos destacaban, moradas, sobre su cuello y sus labios estaban tumefactos, inflamados.

Me miró.

—Estuviste a punto de matarme, Mike. Te hubiera bastado apretar un poco más y... ¿Por qué no lo hiciste? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No lo sé... Me di cuenta de que estabas a punto de morir y de repente sentí una gran repugnancia hacia mí mismo. Te solté y eso es todo —murmuré, muy confuso.

Chuck entró en la casa.

Aguardé unos minutos. Ya me disponía a marcharme, imaginando que Darren se habría echado a descansar, cuando apareció en la ancha puerta de la terraza.

—¡Espera!

—¿Por qué? No creo que tengamos mucho que hablar —dije.

—¿No sientes curiosidad por saber lo que tenías que hacer... a

cambio de veinte mil dólares? —inquirió.

Me detuve.

Apenas me quedaban doscientos dólares después de rodar miles de kilómetros a lo largo de las carreteras mexicanas.

—¿Qué debía hacer? —Quise saber.

—No se trata de matar a nadie. Sólo de facilitar la fuga de un individuo —dijo Darren.

CAPÍTULO IX

Volví sobre mis pasos.

—¿Veinte mil dólares... sólo por ayudar a evadirse a un tío? —preguntó, incrédulo.

—Ya te dije que nuestros «honorarios» están siempre en relación con la dificultad del encargo. No será fácil hacerlo, pero no tenemos la obligación de disparar contra nadie —respondió.

Decidí que me interesaba el asunto.

Veinte mil dólares era una cantidad respetable, que me permitiría llegar al invierno sin dificultades.

—¿Qué... te decides? —exclamó Chuck, más animado.

No me guardaba rencor.

Chuck no lo dijo, pero yo sé que era así, efectivamente.

Era un hombre inquieto, violento y salvaje, como yo mismo. Para él, una pelea era algo tan común como afeitarse o ducharse.

En cuanto la contienda terminaba, asunto olvidado.

Yo había estado a un milímetro de matarle, y él estaba dispuesto a que siguiésemos cooperando.

Es más, lo deseaba fervientemente.

—Explícame algo —exigí.

—Espera.

Volvió al interior de su confortable hotel y volvió al cabo de unos minutos con una botella de *whisky*, dos vasos limpios y una vasija plateada llena de cubitos de hielo.

Sirvió el hielo y el licor y nos sentamos.

—Será difícil —confesó—. Pero nosotros lo haremos fácil, con estrategia militar.

Se trataba nada menos que de liberar a uno de los hombres del «círculo».

—Se llama Fred Kimberley, secretario del Sindicato del Transporte para California. Kimberley será acusado de asesinato, lo

que viene a significar que la policía podrá presionarle y obligarle a confesar detalles que no convienen para la seguridad de alguien, probablemente, el hombre que nos paga.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté, receloso.

—Conozco a Kimberley y sé que ha propiciado muchos negocios sucios a través de su cargo de secretario del sindicato. Lo demás lo he deducido por mí mismo.

—Está bien. Sigue.

—Kimberley ha callado hasta ahora porque supone que ciertas personas van a ayudarle, bien legalmente o por la fuerza. Si no le liberamos, cantará.

—¿Qué crees que ocurrirá en cuanto Kimberley esté en libertad? —pregunté, escéptico—. Lo más seguro es que le rellenen el cuerpo de plomo.

—Pero no es cosa nuestra —respondió Darren, con lógica aplastante.

—Dijiste que el asunto sería de difícil realización. ¿Por qué?

—Kimberley está fuertemente vigilado, puesto que la brigada especial Anti-Crimen espera obtener importantes confesiones de él.

Pensé en Kimberley, condenado a morir de una u otra forma.

Si confesaba cuanto interesaba a la policía, él mismo se echaría la soga al cuello. Si callaba, oscuros personajes de las sombras se ocuparían de silenciarle para siempre, puesto que, vivo, suponía un peligro potencial.

Eso mismo podía ocurrirnos a Chuck o a mí mismo si algún día caíamos en manos de la policía.

No era un pensamiento muy agradable y algo debió traslucir mi expresión, porque Chuck, que me miraba con fijeza, dijo:

—Te aseguré que lo mejor sería no conocer los detalles. Si no sabes nada, jamás podrás confesarlo. Y, por tanto, podrás dormir tranquilo.

¡Dormir tranquilo, cuando ganábamos nuestro dinero a costa de la vida de otras personas...!

Cierto que tampoco nuestras víctimas eran inocentes. Para decir la verdad, hombres como Gordon o Kimberley se habían merecido mil veces la muerte, pero ¿quién puede erigirse en verdugo y juez de los demás?

—Está bien —acepté.

Chuck me dio unas palmadas sobre el hombro.

—¡Magnífico! Esperaba que fueras razonable. Probablemente, esta misma tarde te entregaré el dinero... En cuanto lo reciba —afirmó.

A las nueve de la noche, Fred Kimberley fue devuelto a su celda.

En cuanto la puerta metálica se cerró a sus espaldas, Kimberley se dejó caer, exhausto, al suelo.

Sudaba copiosamente y se sentía tan débil como un niño.

Llevaba veinticuatro horas sin comer y algo más de treinta sin dormir.

Cerró los ojos e inmediatamente se quedó dormido.

Pero el vigilante de la puerta abrió, entró y le arrojó un vaso de agua al rostro.

Kimberley despertó sobresaltado.

—Nada de dormir, señor Kimberley —advirtió el policía—. Si vuelve a dormirse, le despertaré de otra forma.

Kimberley se puso en pie y paseó, tambaleante, a lo largo de la estrecha celda.

Sus párpados pesaban como el plomo y todo su ser se inclinaba al descanso, al más profundo y reparador de los sueños.

Había sufrido continuos interrogatorios durante más de catorce horas.

Más de diez policías se habían turnado para interrogarle durante aquel lapso de tiempo.

Preguntas, preguntas... ¡siempre preguntas!

Insinuaciones celadas, acusaciones concretas, amenazas, gritos, promesas, presiones de toda índole.

Sería, capaz de morir de hambre sin abrir la boca. Resistiría docenas de Interrogatorios, de malos modos, de torturas, más o menos refinadas.

Pero lo que estaba quebrantándole era la falta de sueño.

Kimberley tenía por costumbre dormir una buena siesta después del almuerzo. Trasnochaba bastante, era cierto, pero se quedaba en la cama hasta el mediodía del día siguiente, si el cuerpo se lo pedía.

¡Qué horrible tormento, aquellas ansias de dormir a pierna suelta sin la menor probabilidad de que se lo permitieran!

Todavía tenía puesta la confianza en que sus socios le echasen una mano. A ellos les interesaba mucho. Les importaba vitalmente

que Kimberley continuara resistiendo...

Pero... ¿por qué no venían? ¿Por qué no habían enviado a los expertos abogados de la General Menagement, por qué no presionaban sobre las autoridades y sobre los políticos para forzar su libertad bajo fianza?

Se recostó, de pie, sobre el muro.

¡Y se quedó dormido...!

Naturalmente, sus rodillas se doblaron poco después y Kimberley cayó al suelo pesadamente, con lo que su sueño se vio bruscamente interrumpido.

La puerta de la celda se abrió y el vigilante le obligó a ponerse en pie...

Kimberley sentía sus párpados como pedazos de papel de lija que herían cruelmente sus globos oculares.

—¡Dormir, dormir, dormir...! —murmuró.

Sólo dormir. Lo demás, no importaba ahora.

Se pellizcó brutalmente, se mordió los labios, con el único fin de luchar contra el sueño.

Debía resistir: aquélla era la clave de su seguridad.

Si cedía, si hablaba, no viviría mucho tiempo. De ello estaba íntimamente seguro.

Cerró los ojos, mientras se mordía los labios sañudamente hasta hacerse sangre.

Visiones fantásticas le atormentaron inmediatamente. Blandos colchones de plumas, largos divanes aterciopelados, lechos suntuosos con finas sábanas de lino, prados extensísimos, cubiertos de muelle y verde yerba...

Abrió los ojos.

No veía nada.

«¡Me he dormido!», pensó.

Pero no, no se había dejado ganar por el sueño, porque notaba en la lengua el sabor dulzón, característico, de la sangre que brotaba de sus labios.

En el pasillo exterior resonó el eco de unos pasos.

Pasos precipitados, de alguien que corría, que se detenía bruscamente, muy cerca de la puerta de su celda.

Se oyó un gemido y, a continuación, el sordo ruido de un cuerpo que caía.

Kimberley fue hasta la puerta y pegó el oído, atento.

Estuvo a punto de caer cuando la puerta se abrió bruscamente.

Una linterna brilló en la oscuridad, deslumbrándole.

—¡Es él! ¡Sácale de ahí, llévatelo! —susurró alguien, en la oscuridad.

Unos brazos duros y potentes le agarraron y le transportaron casi en volandas a lo largo del pasillo.

Todo estaba a oscuras, pero el hombre que le conducía llevaba una potente linterna en la mano, que encendía de forma intermitente para orientarse.

Una puerta fue abierta bruscamente y Kimberley se sintió empujado a través de ella.

—¡No pierda tiempo, Kimberley! —le ordenó el otro—. ¡¡Entre!! Entraron.

Kimberley tropezó con algo blando que había en el suelo y perdió el equilibrio.

Hubiera caído si su acompañante no le hubiera asido con fuerza por un brazo.

La linterna iluminó, en el suelo, el cuerpo de un hombre de uniforme.

Un policía.

Kimberley apartó una silla y corrió hacia la ventana un rectángulo a través del cual penetraba una claridad opaca, distante.

En el pasillo resonaron unos gritos.

Luego se oyó un sonido apagado, como un taponazo.

Enseguida, otra persona penetró en aquella habitación y cerró la puerta con brusquedad.

—¡Chuck! —exclamó el hombre que estaba en la ventana—. ¿Qué diablos ha ocurrido? Escuché...

—No te detengas —respondió el de la puerta en un susurro—. ¡Saltad afuera!

Kimberley se sintió elevado hasta el alféizar de la ventana, cuya reja debía haber sido arrancada de cuajo a juzgar por los cascotes que llenaban el piso.

—¡Salte! —le invitó el desconocido, que le había procedido. Saltó.

Ni por un momento había dudado en acompañar a aquellos hombres.

No sabía si eran amigos o enemigos, pero entre continuar en la prisión de Fresno, expuesto a confesar da plano, y sentirse libre, existía una diferencia tan enorme, que Kimberley optaba por obtener las indicaciones de aquellos desconocidos sin vacilar.

Avanzó unos pasos en aquel callejón lóbrego y enseguida alguien le tomó por la mano y le guió a través de un seto.

Entonces pudo ver perfectamente el viejo «Mustang» de pintura deslucida.

—Suba —le indicaron.

Subió.

Su acompañante se dejó caer rápidamente sobre el asiento delantero, detrás del volante, y dio al contacto.

El motor tardó unos segundos en dejarse oír. Entonces, en una veloz carrera, llegó otro hombre que se introdujo en el coche, junto a Kimberley.

—¡Vamos! —gritó aquel individuo.

El coche arrancó despacio y rodó por una calle en tinieblas.

Luego, Kimberley vio la carretera y una estación de servicio próxima.

Comprendió que estaba libre, que sus socios habían respondido y se habían encargado de liberarle.

Trató de identificar a las personas que iban con él en el coche. Pero no lo consiguió.

De todas formas, dijo.

—Gracias, amigos.

Y se durmió.

CAPÍTULO X

Siguiendo nuestro plan, abandoné la carretera y conduje a lo largo de un polvoriento camino que discurría a través de los intrincados bosques de pinos rojos de Giant Porest.

Pero en cuanto consideré que había puesto distancia considerable entre nosotros y los policías de Fresno, me aparté del camino y me detuve entre unos matorrales.

Kimberley roncaba estrepitosamente entre los brazos de Chuck Darren.

Suspiré.

No debía sentirme contrariado, pero lo estaba.

Habíamos colocado la bomba a tiempo —dos kilos de goma plástica y un detonador con cronómetro—, en la estación transformadora de energía eléctrica que surtía a la ciudad de Fresno.

Había habido un corte eléctrico absoluto a las diez en punto.

Chuck y yo nos habíamos aproximado con anticipación al edificio-prisión en que permanecía confinado Fred Kimberley.

Habíamos colocado alrededor de su reja tres pequeñas cargas de explosivo plástico, que estallaron dos décimas de segundo después de que la ciudad quedara a oscuras.

Era una jugada maestra: sin fuerza eléctrica, el *sheriff* de Fresno no tendría siquiera oportunidad de establecer rápidamente contacto con la capital, a través del teléfono o la radio... porque acabábamos de poner precisamente tres cartuchos de plástico en aquella ventana, que comunicaba con la pequeña central de telecomunicaciones de la policía local.

La reja saltó a quince metros de distancia.

Inmediatamente, Chuck y yo corrimos hacia la ventana.

Llevábamos en las manos cortas pistolas-ametralladoras... que no pensábamos utilizar más que como elementos de coacción. O eso

creía yo, al menos.

Yo fui el primero en entrar por la ventana, cuyos cristales habían saltado, también, en pedazos.

Iba prevenido porque existía la probabilidad de que el operador de radio hubiera resultado indemne.

El hombre estaba en el suelo, con una brecha en el cráneo, por la que brotaba un hilillo de sangre.

Me tranquilicé al comprobar que estaba vivo.

Inmediatamente, mientras Chuck me alumbraba con su linterna, destrocé a culatazos la radio y la pequeña central telefónica.

Fue todo cuestión de escasos segundos.

Poseíamos un plano del edificio, que conocíamos de memoria. Así que empujamos la puerta que daba al pasillo, salimos y torcimos a la izquierda.

—¡Brady! ¿Eres tú? —preguntó el vigilante del pasillo, muy nervioso, al escuchar nuestros pasos.

—Seguro —respondió Chuck, adelantándose—. ¡Esta maldita avería...!

—¡He oído una explosión! —exclamó el vigilante—. ¿Qué diablos está ocurriendo...?

No tuvo tiempo de saberlo, por el momento, porque Chuck, que le deslumbraba con su linterna, se abalanzó sobre él y le golpeó varias veces en la frente, hasta que el pobre hombre cayó al suelo como un fardo.

Sin perder tiempo, le registré y saqué de su bolsillo el llavero que contenía la llave de la celda de Kimberley.

Todo había sido fácil. Podíamos felicitarnos de nuestra eficacia, de nuestra rapidez, del cálculo exacto —y bien aprovechado—, de nuestras posibilidades.

Pero algo me intranquilizaba y disgustaba.

Estaba seguro de que Chuck había disparado su metralleta —provista de silenciador—, contra alguien, cuando ya habíamos alcanzado la centralita de telecomunicaciones.

—¿Qué ocurre, por qué te detienes aquí? —preguntó Chuck, nervioso, agitando en su asiento, junto al dormido Kimberley.

Me volví en el asiento hacia él.

—¿Qué ocurrió en el pasillo? —exigí.

Chuck chasqueó la lengua, fastidiado.

—¿Qué diablos importa eso ahora? Tenemos a Kimberley... ¿Por qué preocuparse de lo demás? —exclamó, fastidiado.

—Quiero saber lo que pasó —insistí.

—¡Está bien, está bien! —exclamó—. Mientras cubría vuestra retirada, alguien apareció al final del pasillo, con una linterna en la mano. Tuve que disparar, porque el tipo me había visto claramente, estoy seguro. No te preocupes. Le acerté en la cabeza. No podrá decir nada.

Era lo único que le importaba a Chuck Barren: su seguridad.

Si alguien la ponía en peligro, disparaba, asesinaba, sellaba sus labios para siempre y... ¡al diablo!

—Nadie nos encargó disparar —aduje—. Debíamos liberar a Kimberley, eso era todo.

Chuck se enfureció.

—¡Escucha, gran hombre! —gritó—. En este oficio, las cosas no ocurren siempre a la medida. Ya conoces mi filosofía: si tengo que eliminar a alguien debe ser por encargo. Pero también cuando mi *salud* está en peligro. Y cuando disparé fue porque lo consideré necesario.

A fin de cuentas, era algo que yo jamás podría comprobar. Es decir, nunca sabría si Chuck había asesinado a aquel policía para evitar que repitiese sus señas personales o si lo hizo, simplemente, por... sadismo.

—¿Conforme? —inquirió.

—Conforme, qué remedio —respondí.

—Sigue, entonces.

Di el contacto y el motor rugió.

El coche era un viejo «Ford-Mustang» que sólo nos había costado ochocientos dólares.

Le habían incorporado un inyector de benzol al carburador, lo que hacía posible que aquel viejo cacharro pudiese alcanzar —a punto de averiarse en cualquier momento—, los ciento cincuenta kilómetros por hora, aunque el consumo de benzol y gasolina era altísimo.

Arranqué.

A través de los caminos que cruzaban el bosque debíamos llegar al límite del Sequoia National Park, donde habíamos dejado el automóvil de Chuck, un potente «Buick» color verde.

El camino era infernal y el motor del «Mustang» comenzaba a calentarse peligrosamente, por lo que hubimos de hacer varias paradas antes de que, por fin, hacia las cuatro de la madrugada, alcanzásemos las proximidades del Sequoia National Park.

Nos detuvimos a la altura de la carretera Ciento noventa y Ocho y estacioné el «Mustang» junto a un depósito de material de obras públicas.

Chuck bajó del coche, desapareció en la arboleda y volvió cinco minutos después, conduciendo su brillante «Buick».

—Baja, Mike —dijo—. Ponte al volante.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, dirigiendo una fugaz ojeada a Fred Kimberley, que continuaba dormido como un tronco.

—Tengo que despertarle y darle instrucciones confidenciales —respondió.

Bajé.

Al fin y al cabo, de lo que le ocurriera a Kimberley a partir de allí, ni Chuck ni yo éramos responsables.

Y el primer mandamiento —en nuestro «oficio», como decía Chuck—, era precisamente aquel que aconsejaba no meter las narices en lo que a uno no le importaba.

Subí al «Buick».

Era un coche magnífico. Nuevo, flamante, poderoso, lujoso...

Vi una petaca de *whisky* en la guantera y di un sorbo, mientras esperaba a Chuck.

Encendí un cigarrillo.

Casi lo había terminado cuando volvió Chuck.

—Creí que estabas confesándole —comenté.

—Sólo quiere dormir —respondió—. He tenido que darle un sorbo de *whisky* para reanimarle.

Rodeó el coche, abrió la puerta y se acomodó.

—Bien. ¿Qué esperas? ¡Larguémonos! —exclamó.

Pero yo esperé.

Kimberley había arrancado a bordo del viejo trasto, pero, al parecer, el motor se le había calado y pugnaba por arrancarlo de nuevo.

—Déjalo. Hemos cumplido. Tenemos nuestros veinte mil dólares a buen recaudo y nos interesa alejarnos de estos parajes cuanto antes —me animó mi compañero.

Pero yo no hice nada por alejarme hasta que el viejo «Mustang» se puso en movimiento y alcanzó la carretera.

Pisé el acelerador y el «Buick» se lanzó, brioso, hacia la pista, en pos del «Mustang».

Conduje un par de kilómetros a la zaga de Kimberley.

No conducía bien. Creo que se iba durmiendo sobre el volante, porque el «Mustang» tan pronto pisaba la gravilla de la cuneta a la derecha, como cruzaba la raya discontinua del centro y bordeaba a la izquierda.

—¡Adelántale, adelántale! —Rugía Chuck.

Pero no le adelanté.

Me preocupaba aquel hombre, Kimberley, por extraño que pueda parecer.

—Va a estrellarse —argüí.

—¿Y qué diablos nos importa a nosotros? Podríamos vemos en un compromiso en el caso de que acudiesen policías de carretera —estalló.

Viajábamos a lo largo de la Ciento Noventa y Ocho, en dirección a Bakerfield.

La carretera discurría a lo largo de un paisaje volcánico, árido y abrupto.

Cuestas, curvas y pendientes muy agudas se sucedían.

El «Mustang» acababa de tomar una curva sobre dos ruedas.

—Se matará —anuncié—. En la próxima curva se saldrá de la carretera. ¡Y hay más de cien metros de caída vertical!

—¿Y qué?

—Puedo adelantarle, forzarle a detenerse y llevarle con nosotros —propuse.

—Eso no entra en nuestro contrato —respondió Chuck, con evidente mal humor.

Así que había que atenerse rígidamente al «contrato». Y ello suponía permitir que un hombre se estrellase contra el fondo de un barranco.

De repente, miré a Chuck de forma fugaz.

—¡Tú quieres que Kimberley muera! —grité.

No lo negó. Incluso sonrió.

—¿Y qué? —Gruñó.

Apreté el acelerador, tomé a noventa kilómetros por hora la

curra y aumenté la velocidad al enfilar la prolongada pendiente.

Pero el «Mustang» de Kimberley no estaba ya a la vista.

Lo descubrí cien metros más allá, en el fondo de un barranco.

Fue fácil encontrarle, ciento ochenta metros más abajo, porque el coche se había incendiado y ardía a llamaradas.

Chuck, que también había descendido del «Buick», tenía su metralleta entre ambas manos.

Me escocían los ojos, aunque yo nada debía a Kimberley y sólo le había conocido unas horas antes.

—No me digas nada —bramé—. Sé que Kimberley no se salió de la carretera sólo porque tuviera sueño. Un hombre que se encuentra en peligro, es muy capaz de imponerse a la necesidad de dormir.

—No pienso negar nada —respondió Chuck—. Voy a hacer algo muy distinto; darte otros quince mil dólares. Es el precio de la muerte del pobre de Kimberley... ¿Sigues sintiendo ahora tanta pena?

CAPÍTULO XI

Me confesó que le habían llamado por teléfono, minutos antes de partir hacia Fresno.

—No queremos que trascienda este asunto, Darren. Lo mejor es que usted y Kingman se ocupen también del funeral de nuestro amigo «K».

Chuck no estaba prevenido para recibir tal encargo, según me confesó.

—¿Cuánto? —preguntó, sin embargo, con gran sentido práctico de las cosas.

—Quince mil para cada uno, aparte de lo que ya han recibido. Pero procuren simular un accidente. No quisiéramos complicar aún más las cosas —le especificaron.

—¿Y el dinero?

—Frente al apartado doscientos siete de la consigna de la South Station. Vacíen la papelera que está en el pasillo de consigna, mañana a las ocho en punto de la mañana. Encontrarán una bolsa de plástico azul con treinta mil dólares.

—¿Es un método nuevo? Cualquier empleado podría vaciar la papelera un minuto antes de que llegásemos nosotros y... ustedes podrían imaginar que hemos tratado de engañarles, fingiendo que no hemos encontrado el dinero —argumentó Darren.

—No se preocupe por ello. Nadie que no sea usted o Kingman podría vaciar la papelera —le prometieron.

Chuck sacó la petaca de plata de la guantera y bebió un sorbo de *whisky*.

—No te dije nada de ello porque tú te mostrabas reacio a matar —explicó Chuck, con claridad meridiana—. Pero yo había aceptado este segundo encargo y tenía que cumplir. A fin de cuentas, has ganado otros quince mil dólares sin apretar el gatillo. ¡Alégrate, gran hombre! He sido yo quien emborrachó a Kimberley, no tú.

Frené tan violentamente que el «Buick» quedó atravesado en la carretera.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Desperté a Kimberley, tras intentarlo varias veces. «Tengo sed», dijo. Yo tenía media botella de *whisky* en el «Mustang», ¿recuerdas? Se la puse en los labios y...

—No creo que Kimberley se emborrachara por propia voluntad —opuse.

Chuck dejó escapar una carcajada.

—Lo adivinaste. Bebió un trago y... se estremeció de asco. Pero yo le obligué a beber el resto. Por un momento, se despertó: era el efecto del alcohol. «Pon el coche en marcha y lárgate antes de que la policía te detenga de nuevo», le dije. Y él obedeció.

Le miré con asco.

Si se quería matar a Kimberley, rendido por la fatiga y la falta de sueño, sólo era preciso hacerle beber media botella de *whisky*. ¿Quién podría conducir sin salirse de la carretera en tales condiciones?

—Ahora que lo pienso... —dijo Chuck.

—Eres un canalla —dije. Pero mi compañero no me concedió la menor atención.

—Ahora que lo pienso, tú me ayudaste mucho a eliminar a Kimberley —completó.

—¿Yo? —exclamé, furioso.

—Claro. Te empeñaste en esperar a que él arrancase. Luego te pusiste a su zaga y le seguiste durante unos cuantos kilómetros. En su estado, Kimberley debió pensar que le perseguía la policía y aceleró a fondo, a través de esta maldita carretera. Lo demás...

No disponía de argumentos suficientes para rebatir su afirmación. A fin de cuentas, era muy posible que yo, tratando de alguna forma de proteger a Kimberley, le hubiera empujado a la muerte.

—¿Seguimos? —exclamó Chuck, extendiendo las manos de forma muy expresiva—. Si la policía de carreteras nos sorprendiese así, ¿encontrarías una justificación lógica a tu manía de atravesar el coche en mitad de la pista?

Puse el motor en marcha y proseguimos el viaje.

A las siete de la mañana penetrábamos en Glendale a través de

la carretera Noventa y Nueve.

—Puedo dejarte en tu apartamento, si quieres —me propuso Chuck, que me había relevado al volante en Bakerfield—. Debes estar rendido, te conviene descansar. Puedes venir a por el dinero al anochecer. Te estaré esperando en mi casa.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay que recoger treinta mil dólares en South Station. Y precisamente a las ocho de la mañana, en la sección de consigna, ¿lo has olvidado?

—Iré contigo —decidí—. No tengo sueño.

—¿Es que no te fías? —exclamó Chuck—. ¡Tus quince mil dólares están seguros en mis manos!

—No se trata de eso, Chuck. Sencillamente, se me pasó la hora de dormir. Descansaré después del almuerzo —respondí.

—Como quieras —afirmó Chuck.

No tenía sueño, era cierto.

Porque mi pensamiento volvía una y otra vez sobre el desgraciado Fred Kimberley, destrozado contra el fondo pedregoso del precipicio.

Sin embargo, me empujaba a acompañar a Chuck a la South Station algo que aún me inquietaba más.

«No se preocupe. Nadie que no *sea usted o Kingman podría vaciar la papelera*», había asegurado literalmente la persona que nos había contratado para realizar la fuga de Kimberley y... su asesinato.

Si mi vida iba a estar pendiente de un hilo en cuanto me negase a cooperar con aquellos misteriosos *señores de la Vida y de la Muerte*, mi instinto de conservación me impulsaba a establecer alguna clase de defensa.

Es decir, que por encima del lema de «*menos sabes, menos temes*», yo estaba dispuesto a averiguar cuánto pudiera de nuestros invisibles amos.

Ellos poseían contra mí pruebas fidedignas de que yo había asesinado a Anthony Gordon.

Por mi parte, yo necesitaba, con urgencia vital, obtener datos y pruebas contra las personas que se servían de nosotros para eliminar impunemente a sus enemigos.

Nadie podría registrar la papelera de la South Station, excepto Darren o yo mismo, lo que venía a significar que alguien estaría

vigilando, como perro guardián, la papelera en la que se habían depositado treinta mil dólares.

Yo tenía en el bolsillo una pequeña cámara «Nikkon», muy cara y efectiva, que me había costado un ojo de la cara, pero que podía realizar fotografías instantáneas incluso con luz muy escasa.

La «Nikkon» tenía la apariencia de un paquete de cigarrillos.

Y yo estaba dispuesto a utilizarla si llegaba el momento.

A las ocho menos cuarto, Chuck detuvo el «Buick» en el enorme aparcamiento de la South Station.

Bajamos y caminamos a buen paso hacia la sección de consigna.

Eran las ocho menos diez minutos.

Chuck se detuvo a la entrada y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no entramos? —inquirí.

—A las ocho en punto. No mires hacia dentro. Es mejor —respondió.

Nos volvimos de espaldas y aguardamos.

Yo me sentía en completa tensión, pero Chuck aguardaba muy tranquilo, como aquel que está curado de espanto y sólo le importa recibir su paga.

Penetramos en la consigna a las ocho exactamente.

Caminamos a lo largo de una nave de irnos cincuenta metros de longitud, de tres plantas de altura, a cuya derecha estaban los cajones metálicos de consigna.

Yo saqué la «Nikkon» camuflada bajo el inofensivo forro de un paquete de cigarrillos y me dispuse a actuar.

En la planta baja sólo había tres personas: una mujer muy pequeña y morena —una mexicana, sin duda—, un caballero de unos setenta años, de espalda encorvada, y un joven de dieciséis o diecisiete años que estaba sacando una maleta de su cajón.

Vi a un hombre calvo y delgado, que se retiró inmediatamente de la baranda que protegía la plataforma segunda en cuanto nos vio aparecer.

Yo dirigí disimuladamente hacia allí el objetivo de mi cámara fotográfica y comencé a hacer fotografías ininterrumpidamente.

Había tres papeleras de aluminio, adosadas al muro de la izquierda. La del medio era precisamente la que estaba frente al cajón doscientos siete.

Me detuve, mientras Chuck se decidía a aproximarse a la

papelera, tras echar una ojeada alrededor.

Por el rabillo del ojo vi a aquel individuo delgado, absolutamente calvo, vestido con un traje azul.

Sin moverme, volví a disparar mi cámara hasta que un leve «clic» me advirtió que la película se había terminado.

Miré a Chuck.

Vino hacia mí y susurró.

—Todo *okay*. ¡Vámonos!

Me hubiera gustado aguardar en el exterior para seguir al hombre del traje azul, pero ello solo hubiera servido para inspirar sospechas a Darren.

De forma que opté por acompañarle.

—¿Está? —pregunté. Naturalmente, me refería al dinero.

—Ya te dije que sí. Larguémonos de aquí cuanto antes. Nunca se sabe...

CAPÍTULO XII

Me revelaron la película en un pequeño laboratorio fotográfico de Santa Ana.

Llegué allí después de un laberíntico itinerario que comenzaba en mi apartamento de Malibú Beach y terminaba en Santa Ana, después de haber dejado mi coche en un aparcamiento subterráneo de un supermercado de La Brea Boulevard. Muy cerca de allí tomé un taxi, que abandoné apenas sesenta metros más allá y subí a un autobús que me dejó en San Juan Road, donde finalmente tomé otro taxi hasta Santa Ana.

¿Por qué tantas precauciones?

Sencillamente, no me fiaba. En el fondo, sospechaba que alguien me estaba vigilando siempre, de una forma más o menos continua.

El fotógrafo o su encargado de laboratorio me sacó unas espléndidas ampliaciones, gracias a las cuales pude estudiar perfectamente las facciones del hombrecillo calvo vestido de azul.

De vuelta a casa, guardé entre las páginas de un *Play-Boy* las fotos y dejé la revista en un cubo de bar gura que, lógicamente, no pensaba vaciar.

Dos días después vi al hombrecillo de azul que había supervisado nuestra presencia en la consigna de la South Station.

Me encontraba en Huntington tomando el sol y bebiendo una cerveza, me volví y le vi en el instante en que se ocultaba detrás de un puesto de helados.

Sonreí. Aquel hombrecillo era la persona que me había estado vigilando durante días y días.

A partir de aquel momento, él me vigiló a mí y yo le vigilé a él.

Le di algunos días de ventaja, durante los cuales me dejé seguir fácilmente, al tiempo que aprovechaba para fotografiarle lo más cerca posible.

Cada noche, puntualmente, aquel hombrecillo me seguía hasta

mi apartamento en un edificio de cuatro plantas próximo a Malibú Beach.

Utilizaba para ello un abollado «Volkswagen» con el que se las veía y se las deseaba para no perder de vista mí «Ford-Capri».

Una noche de mediados de octubre, volví conduciendo a velocidad discreta a casa.

Tardé un par de minutos en estacionar correctamente el coche, con el fin de vigilar a mi seguidor.

El «Volkswagen» pasó por delante, dio la vuelta en la próxima rotonda-jardín y se estacionó a unos sesenta metros de distancia.

Yo bajé de mi automóvil y me dirigí a casa. Pero no pasé del vestíbulo. Desde allí, pude ver que el cochecillo se ponía en marcha inmediatamente: mi seguidor había dado por terminada su jornada.

Salté a la calzada de improviso y me planté ante él. Cogido de sorpresa, el conductor frenó en seco y yo fui hacia él, veloz, introduje mis manos por la ventanilla y le saqué de un tirón.

Le arrastré sin gran cortesía tras el seto más próximo.

Saqué un «38» de cañón corto y se lo puse en la nariz.

—Ha llegado tu hora, pequeño espía —dije con voz lúgubre.

—¿Qué... qué va a hacer? —gimió, aterrado.

—Matarte —respondí. Y apoyé lentamente mi dedo índice sobre el gatillo.

—¡Pero...! ¡Yo no le he hecho ningún daño! —Sollozó.

Miré el reloj.

—Veinte segundos —dije.

—¿Cóooooo? —balbuceó.

—Tienes veinte segundos para decirme por cuenta de quién me espías —especifiqué con mi expresión más glacial.

—¡Oh, eso! —exclamó—. ¡Espere...! Se lo diré.

Lo supe todo en menos de los veinte segundos.

Aquel hombrecillo era Cecil Covington, un detective privado de los del montón, de los que son capaces de pelarse las pestañas por cincuenta dólares diarios, gastos aparte.

La persona que le había encargado vigilarme se llamaba Horace Temple, un abogado de Biggod Street.

—El señor Temple me dio su dirección y una foto. Según me dijo, uno de sus clientes sospecha que su esposa se reúne con usted —confesó Covington.

Aproximé el cañón de mi revólver a la frente del detective.

—Vuelve a mentirme y tus sesos servirán de abono a esos geranios —afirmé—. Lo que acabas de decir es estúpido.

—Eso mismo le dije yo al señor Temple —lloriqueó Covington—. A usted, le he seguido esporádicamente durante un mes. Y jamás le vi reunirse con la mujer cuya foto me dio el abogado.

Le apreté el cuello con la mano izquierda.

—Tú estabas en la segunda planta de la consigna de South Station hace tres días. Nos vigilabas, a mí y a un amigo. ¿Qué tienes que decirme? —exigí.

—¡Temple... me indicó que usted iría a la consigna a las ocho de la mañana! —tartajeó Covington, pues yo seguía apretando su cuello—. Me... me convenció que estaba usted complicado en un secuestro y que debía fotografiarle en el momento en que usted o su amigo vaciaran la papelera situada ante el cajón doscientos siete de consigna. ¡Y eso... fue lo que hice!

Covington parecía tan inofensivo, que, finalmente, me creí cuánto me dijo.

Así que dejé de apretarle y guardé el revólver.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo, querido Covington —dije.

—¿De... de veras? —exclamó, esperanzado.

—Veamos: yo permitiré que usted siga vigilándome a su comodidad, y usted callará cuánto hemos hablado aquí —propuse.

—¡Lo juro! —prometió—. No diré una palabra. ¿Puedo... puedo marcharme?

—Váyase —dije—. Si no cumple su promesa, se arrepentirá.

Se puso en pie de un salto y poco después se alejaba en su vetusto «Volkswagen».

Entré en mi casa y reflexioné sobre el asunto. Ahora, al menos, estaba seguro de que alguien me hacía vigilar.

Pero ¿quién? Yo no había oído hablar de aquel abogado, Horace Temple, cuyo papel debía ser el de simple eslabón de la cadena.

Decidí ponerme en contacto con una buena agencia de detectives, pues para mí suponía un peligro cierto dejarme ver demasiado.

En noviembre, Chuck Darren recibió un nuevo encargo.

—Son cincuenta mil dólares, Mike —me anunció.

¡Cincuenta mil dólares!

—Debe ser un pájaro importante —dije a Chuck.

—Más de lo que te imaginas, pero no te diré su nombre hasta que no llegue el momento.

—¿Cuándo será? —pregunté.

—Pasado mañana. Debes estar preparado.

En efecto, cuarenta y ocho horas después, Chuck me citaba en su casa del acantilado.

—¿Quién es nuestro hombre? —preguntó, en cuanto me reuní con él.

—Se llama Walter O'Sean —respondió.

—¡Walter O'Sean, el senador! —exclamé—. ¡Pero si es un hombre honrado, un excelente político que se está esforzando a favor de las clases más humildes del estado de California! —exclamé, estupefacto.

Era cierto. El senador O'Sean estaba llevando a cabo una acertada campaña a favor de la promoción y formación de gentes de color, chicanos, chinos, portorriqueños...

—Es posible que se trate de un tío estupendo —afirmó Chuck—. Pero eso no cuenta para nosotros. Vale cincuenta mil dólares. Y el asunto lo liquidarás tú solo, aunque otro hombre y yo estaremos cerca para apoyarte.

—¿No podrías encargarle este trabajo a otra persona? —pedí—. Me repugna matar a un hombre como O'Sean.

—Querido, no soy yo quien nombra al que debe llevar a cabo una tarea. Eso no depende de mí, pues sólo me utilizan como conducto para impartir las órdenes que vienen de arriba —respondió.

—En ese caso, me niego a matar al senador —dije.

Chuck se echó a reír.

—¿Volvemos a empezar? Escucha, Mike: nosotros no podemos permitirnos el lujo de experimentar remordimientos. No te preocupes, unos días después de terminado el asunto no te acordarás de O'Sean para nada.

Me emborraché con Chuck aquella noche.

A la mañana siguiente, yo temblaba como un azogado.

—Tengo un remedio para los nervios —dijo mi compañero.

Trajo una jeringuilla hipodérmica y me inyectó en el brazo.

Media hora después, me sentía absolutamente relajado y eufórico.

Los problemas de conciencia habían huido y ahora sólo quedaba la resolución: había que cumplir el encargo.

Walter O'Sean regresaba a las doce del mediodía de una visita a las granjas de Barstow.

A las diez de la mañana, yo tenía perfeccionado un plan.

Dos horas después, cuando el senador penetró en el vestíbulo del Pacific Building, yo me encontraba en el interior del ascensor que elevaría a O'Sean hasta su residencia, situada en la planta dieciséis del edificio.

Yo tenía mi metralleta empuñada y mis facciones estaban ocultas tras un pedazo de media de malla de nilón.

Uno de los tres hombres que formaban la escolta del senador, oprimió un botón para hacer descender el aparato, que yo había detenido en la planta quinta, mientras bloqueaba su movimiento para evitar que mi plan fracasase.

El ascensor se deslizó hacia abajo.

El propio O'Sean abrió las puertas y fue a entrar.

Quedó paralizado de horror al descubrirme. Pero yo disparé una ráfaga de metralleta, le empujé hacia atrás, cerró las puertas y oprimí el botón marcado con la palabra top, que correspondía a la terraza.

Mientras en el vestíbulo sucedían las escenas de lógica convulsión y espanto, el rápido ascensor me depositó en la terraza, a más de cien metros más abajo una niebla espesa borraba los contornos de los edificios.

Me quité la máscara, guardé la metralleta y saqué una linterna de señales.

La encendí y apagué cinco veces seguidas, esperé diez segundos y volví a repetir la señal.

De entre las brumas brotó el potente estrépito de las palas de un helicóptero. El aparato se abrió paso entre las masas algodonosas de la niebla y descendió despacio.

No llegó a posarse sobre la terraza.

La portezuela de la cabina se abrió y yo salté ágilmente hacia el interior.

—¡Arriba! —ordené al piloto.

El helicóptero se elevó velozmente, superó la niebla y puso rumbo al Este.

Veinte minutos después, el aparato descendía sobre un prado próximo al lago de Palm Springs.

Entregué al piloto tres mil dólares, que con los dos mil que le había dado previamente, sumaban la bonita suma de cinco mil.

Era caro, pero para mí suponía la seguridad de escapar del Pacific Building sin problemas.

Bajé del helicóptero, que un minuto después se elevó en el aire y desapareció.

Poco después apareció el «Buick» de Chuck Darren.

—¿Listo? —preguntó, cuando se detuvo junto a mí para recogerme.

—Listo —contesté únicamente.

El efecto de la inyección comenzaba a atenuarse. Juzgando las cosas en frío, mientras volvíamos a Los Ángeles, tuve noción exacta de la monstruosidad que acababa de cometer.

CAPÍTULO XIII

Llegaron las Navidades.

Me sentía más solo que nunca y los fantasmas seguían acosándome.

Me había habituado al ficticio consuelo de las drogas y ya no podía prescindir de ellas.

En cuanto a los fantasmas, no había quien pudiera alejarlos. Para no verlos, sólo podía entregarme a la vorágine de las pasiones y de los vicios: alcohol, mujeres, juego...

Procuraba no tener muchos momentos de intimidad conmigo mismo, porque entonces llegaría a la conclusión de que la persona que más odiaba en este mundo... era a mí mismo.

El día veinticinco de diciembre no pude resistirme a la tentación de llamar por teléfono a mi madre y a mi hermana.

Lo hice desde Chihuahua, hasta donde había llegado la tarde anterior en busca de diversiones y emociones fuertes.

De este modo, siendo una conferencia internacional, yo podía fingir que me encontraba a gran distancia de ellas.

—Feliz Navidad, mamá —dije en cuanto tuve a mi madre al otro lado del hilo telefónico.

—¡Mike, hijo! ¡Cuánto tiempo he estado esperando para escuchar tu voz...! ¿Por qué... por qué no has venido a vernos?

—Vivo muy lejos de vosotras, madre. Tal vez algún día...

—¡Teníamos tantas cosas de qué hablar...! —exclamó mi madre—. ¿Sabes que Sue se casará muy pronto?

—No, claro que no. ¿Es posible?

—Sí, Está muy enamorada, ¿sabes? Su novio, Donovan, es un hombre importante, que posee granjas y negocios, y tiene fama de excelente persona, pues paga más que nadie a sus trabajadores, sean de color o no.

—¡Sue a punto de casarse, mi pequeña Sue convertida en orna

señora importante...! ¡Casi no puedo creerlo! —exclamé, sinceramente satisfecho.

—Pues así es, hijo. Donovan no quiere que siga ejerciendo su profesión de puericultora. Ella, Mike, es una muchacha generosa y bondadosa. Ha conseguido que yo deje mis trabajos y siempre insiste en que yo administre el dinero que ella gana. ¡Diez veces más de lo que yo he ganado nunca...!

Oyendo a mi madre, pensé que yo también podía ayudarla económicamente. Disponía de dinero abundante, podía enviarle cinco o diez mil dólares, sin sacrificarme mucho.

Pero reflexioné. Mi dinero apestaba, estaba manchado de sangre.

No, lo mejor sería no enviar aquel dinero a mi madre, que era humilde y honrada.

—Celebro todas esas buenas noticias, mamá. Volveré a llamarte cuando pueda —dije, al cabo.

—¡Mike! ¿No sería posible que tú y yo viviéramos juntos? Donovan quiere que vaya a vivir con ellos, después de su boda, pero si tú quisieras...

—Es imposible, mamá. Absolutamente imposible —respondí, con amargura—. Un beso. Cuídate.

Aquella noche me empapé de tequila, acompañado por tres bellas jóvenes mexicanas.

Pero cuando volví al hotel, me desnudé y acosté, mis fantasmas surgieron de entre las tinieblas y danzaron alrededor de mi lecho.

En marzo recibí el informe de la Da vis Agency, la agencia de investigación a la que había encargado vigilar a Horace Temple, el abogado.

—No podemos seguir adelante, señor Palmer —me dijeron. (Yo les había dado, es obvio, un nombre falso).

Indagué las causas de aquella negativa.

—Sólo podemos decirle que el señor Temple está relacionado con la General Management —añadió el hombre con el que me entrevistaba en las oficinas de la agencia.

—¿Qué es la General Management? —pregunté.

El detective se mostró reacio a ser claro. Pero finalmente me dijo algo en concreto:

—Usted nos ha pagado y tiene derecho a saber a quién investigamos. La General Management es, oficialmente, una especie

de agencia comercial. Pero en realidad sólo se dedica a asuntos turbios, que rozan lo criminal. ¿Ha oído hablar de personajes como Malcolm Durán, Jack Holofrey, Víctor Foggi...?

Aquellos nombres me sonaban a altos personajes del crimen. Todos ellos, diez años atrás, habían protagonizado las páginas de sucesos de la prensa más escandalosa.

—Hace dos años comenzamos una investigación acerca de la General Management. Uno de nuestros mejores hombres murió, asesinado. Su cadáver fue encontrado, accidentalmente, un año después, cuando se realizó una ampliación del puerto comercial. A nuestro hombre le habían sepultado en el fondo del mar dentro de un bloque de cemento. La Management es poderosa y podría aplastarnos, señor Palmer. Por eso no podemos seguir adelante, como usted quería. Desde luego, le haremos un descuento en su factura.

—Nada de eso. La pagaré entera. Me gustaría tener un informe de ustedes por escrito, una especie de documento, pero estimo que eso sería igualmente peligroso para la Davis Agency. Sólo les pido, por tanto, que no citen mi nombre ni den mi descripción a nadie —respondí.

—Puede estar seguro de ello, señor Palmer. A cambio le pedimos otro tanto. Es decir, que no nos mencione para nada.

—Totalmente de acuerdo —convine.

En resumen, yo sabía ya lo que me convenía saber. El resto, lo fui hallando mediante una selección minuciosa y lenta en las noticias de prensa de la hemeroteca de Los Ángeles.

Sabía ya quiénes eran las personas que me pagaban por matar. Las mismas personas que estaban dispuestas a que ninguno de sus pistoleros *escogiera la libertad*, una vez realizado el primer trabajo para ellos.

La General Management era una agencia del crimen. Pero Durán, Holofrey y Foggi, no hacían, en el fondo, otra cosa que trasladar los encargos de poderosos personajes de la política, los sindicatos o los negocios.

En el caso de Walter O'Sean, la mano ejecutora del crimen había sido yo, desde luego. Pero quién había dado la orden de ejecución debía ser algún rival político o ciertos explotadores de mano de obra negra o chicana que veían una disminución de sus beneficios

en la política de igualdad de derechos en la que O'Sean se había empeñado.

Pero yo necesitaba pruebas, además de nombres.

Averigüé el domicilio de la General Management. Eran unas lujosas oficinas situadas, precisamente, en la planta décima del Pacific Building. Es decir, en el mismo edificio en que había vivido y muerto el infeliz Walter O'Sean.

Existía un medio para obtener aquellas pruebas: controlando y grabando las llamadas telefónicas que recibía la General Management.

Para mí, no resultaría demasiado difícil introducirme por la noche en sus oficinas. E incluso sabía cómo podía conseguir aquellas grabaciones.

Necesitaba, solamente, el material necesario.

Aquella misma tarde me trasladé a Santa Ana.

En el laboratorio fotográfico donde me habían revelado las fotos de Cecil Covington —que seguía vigilándome esporádicamente—, yo había visto gran cantidad de material de aquella clase.

Por supuesto, procuré dejar al pequeño detective atrás antes de llegar hasta allí.

No hubo ninguna dificultad. Para el propietario del negocio, yo era un cliente que había pagado generosamente su anterior factura.

Hablé con él y respondió:

—Tenemos un pequeño magnetófono. Una pequeña Joya de la electrónica japonesa... ¡Véalo! Es algo más pequeño que una caja de cerillas, pero se puede adaptar a un teléfono o una centralita telefónica y grabar durante doce horas seguidas todas las conferencias que se produzcan. Su adaptación es fácil. Vea estos esquemas...

—Muy ingenioso —comenté.

—Naturalmente, su utilización es ilegal, excepto para algunos organismos dependientes del Gobierno —dijo.

—Soy policía —afirmé con toda desfachatez.

—En ese caso... —Yo estaba seguro de que me hubieran vendido el diminuto ingenio electrónico de todos modos, pero así estaba mejor—. Indudablemente, su precio...

No me importaba el precio, aunque en honor a la verdad, debo confesar que aquel aparatito me costó tanto como un coche nuevo.

Aquel pequeño detective, Cecil Covington, estaba husmeando mi coche, cuando llegué al aparcamiento del aeropuerto Long Beach, procedente de Santa Ana.

Dio un respingo cuando le toqué en un hombro.

—Sigamos el juego —dije—. Yo le dejaré hacer su trabajo y usted me permitirá realizar el mío.

Balbuceó algo que no pude entender, asintió y se marchó. Sin embargo, me siguió, leal como un perro, hasta mi apartamento de Malibú Beach.

A partir de allí, tomé la costumbre de retirarme a casa a las diez de la noche. Cecil Covington me seguía hasta Malibú y luego se marchaba en su traqueteante «Volkswagen».

A partir de la una de la madrugada, yo salía de casa a pie, tomaba un taxi y me dirigía al Pacific Building.

No tenía prisa. Quería hacerlo todo sobre seguro, sin cometer errores.

Fingiéndome médico, conseguí entrar a la segunda noche en el edificio.

Rondé alrededor de la planta décima y pulsé el timbre de su puerta principal, con mi maletín de doctor en la mano.

Un hombretón de casi dos metros me abrió. Exhibió ostensiblemente una «38» de cañón largo inserta bajo su Cinturón y me dijo, con malos modos, que allí no había ningún enfermo.

—Pero yo he recibido una llamada urgente —insistí.

Aquel tipo me empujó brutalmente y confirmó que nadie necesitaba asistencia médica en la planta décima del Pacific Building.

Descendí y abandoné el edificio. Pero yo sabía lo que necesitaba, saber. El feudo de la General Management estaba vigilado día y noche.

Volví tres días después, a las cuatro de la madrugada. El portero del vestíbulo me reconoció y me abrió la puerta sin ninguna dificultad.

Ascendí hasta la planta catorce y diez minutos después descendía por la escalera hasta la sede de la General Management.

Desde la adolescencia, yo poseía una rara habilidad para abrir cualquier cerradura. Disponía de un preciso juego de ganzúas y las utilicé con éxito.

Cerré a mi espalda. Las oficinas eran amplísimas, lujosas, con un gran salón de sesiones y media docena de despachos fastuosos, decorados con refinado sentido de la estética.

En uno de los tres dormitorios dedicados al *relax* de los socios, encontré al bestia que me había empujado tres días atrás.

Me hubiera gustado golpearle. Pero no lo hice. Me limité simplemente a apretar contra su boca y nariz un gran pedazo de algodón empapado en cloroformo, tras lo cual lo até y amordacé con un rollo de esparadrapo.

No había ficheros, no había archivos, ni documentos de ninguna clase. O, mejor dicho, los había, pero estaban en blanco.

En una habitación existía una pequeña y modernísima central telefónica. Apenas tardé tres minutos en conectar en su interior mi diminuto magnetófono-espía.

Volví al dormitorio, donde dormía el cancerbero, le desaté y quité su mordaza. El hombre roncaba ruidosamente y yo me escurrí hacia la puerta.

Confiaba en que aquel individuo no hubiera percibido, conscientemente, ninguna anormalidad. Y así debió de ser, porque durante dos semanas continué con mis excursiones nocturnas al Pacific Building, retirando y colocando nuevas cintas magnetofónicas, sin que se produjese ningún incidente.

El material que había obtenido superaba —en sus resultados todo lo que yo hubiera podido imaginar.

Complicados con «encargos» mortales a la General Management estaban personas que ningún ciudadano medio se hubiera atrevido a citar como responsables de uno o varios asesinatos.

Y, sin embargo, así era. Yo mismo me sorprendí escuchando los nombres de las personas grabados en conversaciones telefónicas, si bien es verdad que la identidad de muchos de los clientes de Management hube de deducirlos por sus comentarios y otros datos, todo lo cual me llevó algo más de tres meses.

Tenía un problema. ¿Cómo conservar aquellos datos sin comprometerme seriamente? Yo era consciente de que si me encontraban aquellas *casetes*, mi muerte sólo sería cuestión de días, de horas, quizá.

No podía recurrir a la protección de la policía, porque era reo de varios asesinatos.

Finalmente encontré un sistema. Sin embargo, para que ustedes sigan este relato con todo interés, prefiero dejar la explicación para el final.

En cualquier caso, yo estaba seguro de una cosa: si el General Management decretaba mi muerte, muchas personas ilustres se verían en graves compromisos.

Y esto, en definitiva, era lo que yo pretendía.

CAPÍTULO XIV

En mayo adquirí un tomavistas que me costó seis mil dólares.

Era un prodigio: totalmente automático, con un *zoom* que permitía filmar escenas distanciadas seis mil metros, en las más ínfimas condiciones de luz.

Yo tenía pruebas contra quince prohombres californianos. Pero eran voces, palabras, sonidos.

Quería, además, imágenes.

Para ello alquilé un apartamento —con nombre falso—, en la Center Tower, un edificio de veintiocho plantas a menos de cien metros del Pacific Building.

Mi apartamento estaba precisamente en la planta doce de la Center Tower.

Desde allí dominaba perfectamente diez ventanas de las oficinas de la General Management.

Por supuesto, debía esquivar cada tarde a Cecil Covington, el detective que la Management mantenía tras mis pasos por cincuenta dólares diarios.

No resultaba difícil, porque entre Covington y yo se había establecido un código sin palabras. Si él decidía abandonar mi vigilancia para marcharse a almorzar, tocaba el claxon cinco veces seguidas detrás de mí. Y yo hacía otro tanto para darle a entender que me disponía a darle esquinazo, con lo cual él no perdía el tiempo tontamente en mi persecución, y optaba por esperarme —si era de día—, junto a mi apartamento de Malibú Beach.

Pero el día diez de mayo, el cadáver de Cecil Covington fue hallado en el interior de su viejo «Volkswagen», carbonizado.

Yo debía haberme dado por avisado entonces, pero tenía un gran interés en seguir adelante con mis planes y no reparé en la advertencia que suponía el asesinato del pobre detective.

El día once de mayo, me encontraba en la playa de Redondo

tomando el sol.

Estuve allí hasta el atardecer, recostado sobre las rocas que emergían sobre la arena a unos cincuenta metros del mar.

La temperatura era tibia, pero la brisa empujó a los bañistas hacia sus coches y me quedé solo.

Cuando se puso el sol, comencé a vestirme. Estaba haciéndolo, cuando cuatro siluetas me rodearon.

Eran todos hombres robustos, vestidos de cualquier forma. Y dispuestos a hacer exactamente lo que les habían encargado.

Yo tenía mi revólver en la bolsa donde guardaba el tabaco, la crema bronceadora, las gafas, el mechero, una cerveza...

Pero no me dejaron llegar hasta la bolsa. Una cadena de bicicleta me alcanzó en la espalda y me derribó tan largo era sobre la arena.

Luego...

No me dieron tiempo para nada. Cuando terminar ron, mi cuerpo desnudo chorreaba sangre tan abundantemente como mi rostro y mi cráneo.

Debí perder el conocimiento. Algún tiempo después abrí los ojos cuando alguien acarició mis ensangrentar das mejillas.

—¡Gracias a Dios! —Era una voz femenina—. ¡Está vivo!

Era una jovencita, que se inclinaba sobre mí con el rostro transido de dolor y de íntima angustia.

—Estoy... estoy bien —pronuncié.

—¿Cómo puede decir eso? ¡Está... cubierto de sangre! —gimió, llorosa.

—Váyase —le dije—. Se va a desmayar.

Se desmayó.

Tuve que inclinarme sobre ella, levantarme, empapar un pañuelo en fría agua de mar y refrescar sus sienes antes de que volviera en sí.

Yo me había sumergido en el agua salina y, aunque maltrecho, podía caminar, moverme.

—¡Creí que estaba muerto! —murmuró la chica.

A pesar de que mi piel entera ardía en una llamarada de dolor, la miré y me pareció una mujer preciosa.

Ella se alzó y me tomó por los hombros.

—No puedo dejarle así. No me lo perdonaría jamás —dijo.

—Mi coche está... a poco más de cien metros de aquí. Ayúdeme a llegar hasta él, por favor —pedí.

Cuando me dejé caer sobre el asiento de mi automóvil, la sangre resbalaba, abundante, de mi espalda.

—Déjeme conducir —pidió mi bella chica—. ¿Cuál es la dirección?

Se la di. Arrancó el motor y me sacó de la playa, conduciendo con gran prudencia. Una hora más tarde, me ayudaba a vestirme dentro del coche y *me acompañaba* hasta mi apartamento.

—Sus padres la echarán de menos —dije.

—Viven lejos de aquí —respondió, mientras buscaba compresas y desinfectantes en el lavabo—. Yo estudio Filosofía en Berkeley.

Perdí el conocimiento cuando la mezcla de alcohol y agua oxigenada bañó mi piel acerada; y sé que Monny Steward —mi bella chica—, permaneció en vela toda la noche junto a mí.

Transcurrieron algunos días. Mis llagas curaban lentamente y Monny seguía junto a mí.

Era pequeña y flexible como una palmera. Tenía los ojos oscuros y el cabello largo y brillante. Sus ojos dorados brillaban con ternura cuando me miraban y sus labios acariciaban mi piel, cuando me quejaba.

Una vez ella dijo:

—Te quiero, Mike.

La miré, sombrío. Monny era maravillosa, pero yo no tenía elección.

—Te agradezco tu ayuda, pero yo no te quiero —respondí con brusquedad—. Puedes marcharte. Cuanto antes mejor.

Me hizo mucho daño su expresión dolorida, sus lágrimas.

—Mike, yo pensé...

—Te has equivocado. Toma este dinero y vete —dije. Pero ella me arrojó el dinero a la cara, tomó sus cosas y salió del apartamento, enfurecida.

¿Debo decir que la amaba más que a mí mismo? Podría decir muchas cosas, pero prefiero callarlas. En cualquier caso, Monny Steward fue para mí como un soplo de brisa fresca y pura. Y yo no quería arrastrarla a mi huracán de vientos podridos, malignos, destructores.

Nunca más volvería a verla. Algunas veces... creí advertir que

ella me seguía, pero en cuanto me volvía... sólo encontraba el vacío.

Era consciente de que la paliza que los matones me habían dado en la playa suponía un aviso. Si yo seguía intentado obtener pruebas en imágenes sobre los clientes de la General Management, lo más natural era que me fabricasen una sarcófago de hormigón armado a la medida.

Cancelé el alquiler de mi apartamento de la Center Tower —que jamás había llegado a ocupar—, y me dediqué, como el león herido, a lamerme mis llagas, hasta que llegó el verano.

Y entonces, de repente, llegó el aviso de Chuck Darren.

—Buenas noticias, Mike. Tengo un buen asunto para ti, un asunto de, exactamente, cincuenta mil dólares —dijo por teléfono—. Ven a verme esta misma noche —recomendó.

CAPÍTULO XV

—Se llama Donovan Terby. Es un hombre joven que, al parecer, ha logrado irritar a varias sociedades de contratación —me informó Chuck, sin darle importancia.

Acepté el encargo. ¿Qué remedio me quedaba?

Chuck contaba billetes pausadamente, dejándolos caer sobre la mesa.

Veinte, treinta... ¡cincuenta mil dólares!

Los billetes, como siempre, eran pequeños y usados y llenaban, en un gran montón, toda la mesa.

—¿Mañana? —pregunté.

—Mañana —respondió Chuck, mientras me llenaba el vaso.

Me pregunté qué habría hecho Donovan Terby para merecer la muerte.

—Suele ir a ver a su novia cada tarde y sale de la casa hacia las once de la noche. Será fácil. Hay unos soportales, los de Sun Market, a poca distancia, y una terraza elevada desde la que se domina perfectamente la casa a la que Terby acude cada tarde. Knotts y yo estaremos cerca, por si necesitas nuestra ayuda. Pero el asunto es tuyo, en exclusiva. ¿No vas a coger el dinero, Mike? —preguntó Chuck, viendo que yo dedicaba mayor atención a mi *whisky* con hielo que al formidable montón que formaban los cincuenta mil dólares.

Tomé mi maleta y fui colocando cuidadosamente los fajos en su interior.

Cuando volví a casa me puse una inyección de heroína y volví a inyectarme a las siete de la tarde siguiente.

A las nueve, después de bañarme y vestirme escrupulosamente, tomé mi maletín y bajé a la calle, con un aspecto pulcro y elegante.

Estoy seguro de que parecía un ejecutivo. Pero en realidad era un ejecutor de... la Muerte.

Subí a mi coche, lo puse en marcha y me dirigí a velocidad moderada a Glendale.

Debía estar completamente empapado en heroína para no caer en la cuenta de que el Sun Market está apenas a cien metros de distancia del domicilio familiar de los míos en Glendale.

Confieso que mis reflejos estaban parcialmente embotados — había dormido hasta las seis de la tarde—, y que obraba en cierto modo como un autómatas.

Eché una ojeada al lugar, dejé mi coche muy cerca, dispuesto para huir fácilmente, y aguardé en las proximidades.

A las diez y cuarto subí a la terraza elevada contigua a los puestos de verdura de Sun Market.

Conocía aquel lugar como la palma de mi mano... porque me había criado en aquel barrio, precisamente.

A las diez y media saqué una tarjeta de mi bolsillo, apoyado sobre la baranda que daba al aparcamiento.

«Ballcot Street, 119»

Fruncí el ceño.

En el piso segundo de aquel mismo número vivían mi madre y mi hermana.

«No sería agradable que mamá o la pequeña Sue me sorprendieran aquí, con un fusil en la mano», pensé.

Sin embargo, aguardé en la terraza.

Pensaba entonces en mis amigos de la adolescencia, en nuestras rapiñas, en el reformatorio, en la cárcel, en Ben Jordán...

Un «Cadillac» gris plata estaba aparcado frente al número ciento diecinueve de Ballcot Street. Es decir, frente a mi casa, la casa de mis padres.

Saqué la mira telescópica, y miré su matrícula a través de las lentes.

No había duda: era el coche de Donovan Terby, el hombre al que debía matar, aquél por cuya muerte yo había percibido ya la respetable cifra de cincuenta mil dólares.

—Es monstruoso —murmuré.

Pero me encogí de hombros. En definitiva, yo no tenía ningún interés en matar a Donovan Terby. O, mejor, sí: un interés de cincuenta mil dólares.

Pero no le odiaba, no sentía ningún rencor hacia él. Tenía una fotografía suya en el bolsillo, que yo conocía de memoria, y algunos otros datos complementarios.

Yo sabía que Chuck Darren y Bill Knotts estaban controlando mis movimientos y que igualmente controlarían mi acción.

El «Buick» de Chuck se encontraba al otro lado de Ballcot Street, casi enfrente del ciento diecinueve de aquella calle.

Si yo fallaba, ellos entrarían en acción. Chuck tenía un magnífico refuerzo en Knotts, un chico alto y delgado, prematuramente envejecido, que se había confesado homosexual en la primera ocasión en que nos conocimos y al que yo —de forma primitiva y desconsiderada—, detestaba.

Eran las once menos diez de la noche. Se aproximaba el momento.

Aunque estábamos en pleno verano, yo me había puesto una gabardina ligera con el único fin de ocultar mi potente rifle, una vez montado.

Lo monté, cuidadosamente, e introduje los proyectiles por la ranura de carga.

No me sentía nervioso. Todo lo más, un poco frenado, como a medio gas.

A través de la mira telescópica —once menos seis minutos—, vi a Chuck y a Bill Knotts dentro del «Buick».

No me vigilaban a mí, pero no perdían de vista el humilde vestíbulo de la casa ciento diecinueve de Ballcot Street donde vivían mi madre y mi hermana, la pequeña Su.

Volví a adaptar la mira sobre el cañón del rifle y me cercioré de que el silenciador estaba bien ajustado.

Me Incorporé sobre la baranda cuando un hombre apareció en la puerta de la casa que yo vigilaba.

No, no era Donovan Terby.

Esperé.

Comenzaba a impacientarme —once y dos minutos—, y paseé, un tanto más despierto e inquieto, a lo largo de la terraza.

Entonces, de repente, apareció Donovan Terby.

Era un hombre joven, de unos treinta y dos años, moreno, con el cabello un tanto crecido, elegante y de movimientos ágiles y sueltos.

Sonreía.

Sonreía a una muchacha rubia que estaba junto a él.

En mi bolsillo resonó el *walkie-talkie*.

—¡Ahí está! —exclamó la voz de Chuck—. ¡Ése es Terby! ¡Mata también a la chica! ¡Hay treinta mil dólares más si la matas!

—Bien —respondí, un tanto sorprendido, a través de la radio.

Elevé el rifle.

Miré con curiosidad a la chica rubia que acompañaba —que estaba despidiéndose afectuosamente—, a Donovan Terby.

Curioso.

Se parecía extraordinariamente a mi hermana Sue.

Apunté a su pecho primero, porque las mujeres suelen ser muy escandalosas en estos casos, si ven morir a un hombre a su lado.

Ya iba a apretar el gatillo, cuando reconocí aquellas Juveniles facciones.

Y un sudor frío resbaló desde mi frente.

—¡Es... es Sue! —gemí—. ¡Sue, Sue, mi pequeña Sue!

Y el hombre que la acompañaba no podía ser otro que su novio, aquel Donovan que mi madre me había anunciado por teléfono, allá por Navidad.

¡Claro, Donovan Terby, el hombre que se había buscado la muerte porque pagaba tanto a los chicanos, mulatos, mestizos y negros como a los trabajadores blancos!

Todo me pareció bruscamente claro, diáfano.

Entretanto, Donovan y Sue caminaban despacio hacia el «Cadillac» de Terby.

Tuve que tomar una decisión rápida, acuciante.

Seguramente pequé por atolondrado entonces, pero estaba seguro de una cosa: si yo fallaba, Chuck y Bill Knotts se ocuparían de matar a mi hermana y a su novio.

En consecuencia, varié la puntería.

Jamás mi pulso estuvo tan firme como cuando, aquella noche —once y trece minutos—, comencé a disparar contra Chuck Darren y Bill Knotts.

A través de la mira, los vi caer, tronchados, sobre el panel de instrumentos del brillante «Buick» de Darren.

Sue y Donovan quedaron paralizados, aunque los disparos apenas sonaron como un leve taponazo. Pero ellos habían

escuchado el estrépito de las balas, destrozando los cristales del coche y perforando sus chapas, y también vieron como Chuck y Bill se derrumbaron dentro del automóvil.

Vi que Donovan tomaba por un brazo a mi hermana y cómo los dos retrocedían espantados, hacia el vestíbulo de mi casa familiar.

«Bien —me dije, seguro de que Chuck y su compañero estaban muertos—. Me he buscado un buen lío».

Retrocedí, bajé los peldaños que llevaban hasta la calle próxima, donde estaba aparcado mi coche —siempre con la llave de contacto puesta—, cuando un automóvil frenó apenas a diez metros.

Era un coche-patrulla de la policía, a juzgar por su luz ámbar destellante.

Un hombre maduro, de cabellos negros y aladares canosos, brotó del coche y avanzó dos pasos hacia mí.

Le reconocí.

Era el tipo que me había estado siguiendo desde que Cecil Covington fuera encontrado convertido en carbón dentro de su vetusto «Volkswagen».

Creí que era un investigador privado de ínfima categoría, como Covington, pero me equivocaba: era el teniente William Cabot, de la Brigada Anti-Crimen.

—¡Tire el rifle! —gritó con voz estentórea—. ¡Rápido!

Quise evitar a Sue, a mi madre e incluso a Donovan Terby la vergüenza de verme esposado a pocos pasos de su casa.

¿O no fue eso?

¿Quizá yo deseaba, ardientemente, librarme de mis fantasmas?

Cualquier respuesta es buena.

Lo cierto es que, en lugar de arrojar al suelo mi rifle, me lo eché a la cara. Pero no llegué a disparar.

El teniente Cabot sí disparó.

Su «38» ladró cuatro veces y todas sus balas hicieron blanco.

Una me perforó el vientre, la otra me rozó el cuello, la tercera me atravesó el pulmón izquierdo y la cuarta me destrozó el corazón.

CAPÍTULO XVI

En el depósito de cadáveres sólo se oye el silbido del amoniaco insuflado a presión a través del largo serpentín que consigue mantener nuestros cuerpos muertos a cinco grados bajo cero.

Deben ser ya las cuatro de la madrugada.

¡Y el doctor Faith debe estar durmiendo tranquilamente en su cama...!

Hago un esfuerzo tremendo para avisarle. Mi cerebro no está muerto totalmente. La materia gris no está corrompida y aún posee un cierto vigor.

¡Si pudiera despertar al forense, al doctor Louis Faith!

Creo que me queda algo por hacer...

Ya sé que estoy muerto y que los muertos pueden hacer poco. Pero mi cerebro...

Supongo que el fósforo debe resplandecer entre mis cabellos, tan intensa es mi tensión mental.

¿Por qué hago todo esto, ahora que nada me importa, ahora que estoy... muerto?

Quizá lo haga por Sue, por Donovan Terby, por mi pobre madre, no lo sé.

Tengo los nombres de todos los individuos que han encargado numerosos asesinatos a la General Management.

La policía, las personas vivas, con sentimientos honrados, deberían apartar a todos estos indeseables de la sociedad. Suponen un peligro cierto, una amenaza gravísima, que yo podría anular...

¿A través del doctor Louis Faith, el hombre que realizó mi autopsia?

Es la única solución.

Todavía recuerdo su sonrisa indulgente, cuando mi cuerpo, frío ya, tendido sobre una mesa, era sometido a su análisis.

—¡Estos delincuentes...! —exclamó—. ¡Qué manía la suya por

los tatuajes! Acérquese, Collins. ¿Ve esta larga relación de fechas, nombres y datos?

—Posiblemente, Mike Kingman anotó los nombres y las fechas en que tuvo relación sexual con otras tantas mujeres —murmuró Collins, indiferente.

—Es posible —respondió el forense.

¡Estúpidos, no se trata de algo tan vulgar, es mil veces más importante!

Pero no hay esperanza.

Mañana me llevarán al horno crematorio y los datos que me hice tatuar en las plantas de los pies —Chuck se reía de que yo prefiriese siempre bañarme en su piscina con sandalias de goma—, desaparecerán bajo la voraz acción del fuego del horno crematorio.

Si pudiera, me agitaría furioso dentro de este cajón frigorífico... ¡Imaginar que todos mis esfuerzos por desenmascarar a la General Management y sus clientes van a resultar estériles!

Chuck Darren y Bill Knotts a izquierda y derecha deben sentirse indiferentes. Para ellos, la vida sólo fue una continua lucha en la que mordieron tanto o más de lo que habían sido mordidos.

Pero yo, Michael Kingman, me debato inútilmente en el desasosiego.

Daría, satisfecho, por bien empleada mi inútil vida, si alguien pudiese recoger el mensaje tatuado en mis pies.

¿Qué hizo mi hermana, Sue, para merecer la muerte?

¿Cuál fue la culpa de Donovan Terby, para disculpar su posible asesinato, que yo mismo hubiera cometido de no reaccionar a tiempo?

Sue era doctora en puericultura y Donovan Terby se distinguía, como el senador O'Sean —con quién me reuniré a no tardar mucho —, por igualar las diferencias entre honorables californianos de raza blanca y menesterosos chicanos, mulato, chinos y portorriqueños, que no tenían otro pecado que una piel de diversa pigmentación.

¡Qué locura!

Hace frío aquí, aunque yo no lo sufro. Puedo percibirlo, quizá porque las células de mi cerebro están sometidas a una tensión tremenda.

Pero ¿qué ocurre? ¡Recibo una onda, una leve respuesta!

¡El doctor Faith acaba de despertarse, se rasca sus grises caberas,

toma el teléfono!

—Ahgg... Sí. ¿Quién? —murmuró, soñoliento, el teniente Cabot.

—Sor el doctor Faith. Lo siento, teniente, pero algo no me dejaba dormir. Algo sin importancia. Tal vez usted juzgue que no vale la pena. Pero incluso a riesgo de escuchar alguna palabra fuerte, yo...

—¿De qué se trata, doctor Faith? —preguntó Cabot, calmoso.

—He recordado el tatuaje de Kingman.

—¿Qué tatuaje? —La voz del policía reflejaba profundo interés ya.

—No reparé demasiado en ello, pero a usted puede servirle de algo. Vi sendos tatuajes en las plantas de los pies de Michael Kingman. Nombres, fechas, cifras, datos confusos... ¿cree que puede servirle de algo?

—Voy a comprobarlo ahora mismo —respondió Cabot. Y se arrojó fuera de la cama, sin reparar en las palabras que su esposa murmuraba entre dientes.

¿Qué ocurre?

La luz se ha encendido, se oyen pasos presurosos, tres personas penetran en el depósito.

¡Al fin!

Un hombre abre la puerta de mi cajón y mi cuerpo se desliza suavemente sobre los rodamientos a bola.

¡Es el teniente Cabot, el policía que me mató!

No le guardo ningún rencor. Todo lo contrario; si pudiera, le abrazaría.

Han alzado el paño que cubre mi cadáver y Cabot examina con ansiedad las plantas de mis pies.

Ha sacado un bloc de notas y escribe nerviosamente lo que está leyendo en las plantas de mis pies.

—¡Chuck siempre se reía de mí porque me bañaba en su piscina con las sandalias de goma!

Luego me ha dirigido una mirada serena, reflexiva, y ha acariciado mi pierna derecha.

—Gracias por todo, Mike —ha pronunciado.

Los dos hombres que están junto a él han sonreído. Quizá teman que el teniente Cabot esté chiflado.

Pero yo sé que no. Y he tomado en su exacta traducción el sentido de sus palabras.

Y ahora, no sé por qué, pero me siento más tranquilo.

Los Señores de la Muerte están al alcance del teniente Cabot.

FIN

UNA HERMOSÍSIMA MUCHACHA
QUE LUCHA POR NO SER COMO SU MADRE:
¡UNA MUJER DE LA VIDA!



¡TODOS LOS HOMBRES
LA DESEAN Y
TIENE QUE DEFENDER
SU VIRTUD DE LAS
MAS VILES
ACECHANZAS!

¡PERO EN SU
CORAZÓN ANIDA UN
AMOR PROFUNDO...
QUE PUEDE HUNDIRLA
EN EL FANGO!

LORENA

ES UN APASIONANTE
RELATO ESCRITO POR
CORIN TELLADO.
UNA NOVELA QUE
EMOCIONA A TODAS
LAS MUJERES Y QUE
PUBLICA SEMANAL-
MENTE EDITORIAL
BRUGUERA.

ESCUCHE SU VERSIÓN RADIOFÓNICA
A LA HORA DEL SERIAL
POR LAS 65 EMISORAS DE LA "REM-CAR Y CES"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

[1] Se suele llamar así a los depósitos de armamento y municiones que los guerrilleros esconden en la jungla. < <

[2] «Leones»: dados lastrados, en la jerga habitual de los delincuentes. < <

[3] Cachiporra de reglamento. < <